

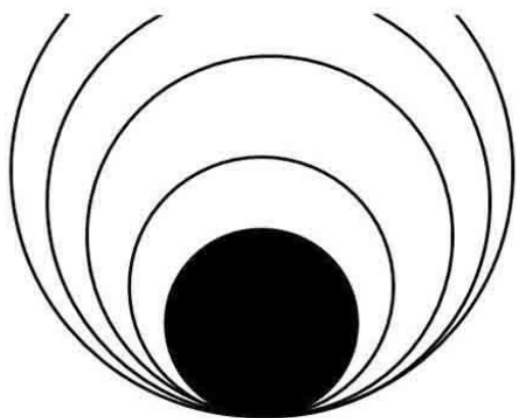


LOS CINCO CRANEOS

Curtis Garland



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.530 — El hombre del millón de rostros.

En Colección PUNTO ROJO:

918 — Negra madrugada.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

LOS CINCO CRANEOS

Colección PUNTO ROJO n.º 924
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 37.505 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Miguel García - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona 1980

CAPÍTULO PRIMERO

El día en que murió Homer Hammerstein, el mundo entero se conmocionó.

Rara vez el mundo sufre convulsiones cuando muere una persona por simple enfermedad. Esa persona tiene que ser un jefe de Estado, un presidente de una nación poderosa, una «estrella» de cine, un fenómeno de la canción moderna..., o un hombre como Homer Hammerstein, sencillamente.

Se le conocía también como «el ciudadano Hammerstein», el «emperador de la banca y de la industria», y cosas por el estilo. Lo cierto es que era todo eso y mucho más. Era, simplemente, el «Gran Hammerstein». Eso lo decía todo.

Como Ziegfeld en el espectáculo, como Hearst en la prensa, como Zanuck en el cine o como Sinatra o Elvis en la canción, según el estilo de cada cual. Auténticamente una «estrella» rutilante en su constelación. Y nadie ignora que, si algo tiene brillo auténtico en el mundo, ese algo es el oro.

Oro a manos llenas había manejado y amasado Homer Hammerstein durante su vida. Y ahora, de repente, un vulgar ataque cardíaco, en una de las paradisíacas islas del Pacífico donde habitualmente vivía aislado, alejado de todo mundanal ruido, conmovió los teletipos del todo el planeta con la noticia:

«Homer Hammerstein II, ha muerto. Un fallo cardíaco detuvo su corazón a los sesenta y ocho años».

Porque, además de todo eso, Homer Hammerstein era hijo del fundador de toda una dinastía de financieros y multimillonarios, el inefable y años ya desaparecido Homer Hammerstein I, de quién se decía que amasó su inmensa fortuna a caballo de la Gran Depresión, los *gángster* de Chicago, la Prohibición, el cine de Hollywood y la

prostitución en los garitos lujosos de Nueva York. Pero de eso, apenas nada se había probado, y lo cierto es que el glorioso fundador de la estirpe Hammerstein murió a los ochenta y nueve años, de una trombosis, dejando una fortuna que se calculaba en más de mil millones de dólares. Cifra que, según malas lenguas, su retoño había multiplicado por diez o por quince, basándose en pilares tan poco edificantes pero tremendamente sólidos como inversión, que los usados por su honorable antecesor.

Lo malo de los sitios del Pacífico, sobre todo si son islotes sin un mal aeropuerto donde posar una simple avioneta, es que un cadáver acostumbra a oler bastante mal a las pocas horas de su defunción. Por ello, tal vez, el respetable difunto había dejado dicho en su testamento que se le incinerase inmediatamente de fallecer. Cosa que se cumplió en efecto, conforme a los trámites legales de la localidad, en cosa de doce horas escasas.

Así, cuando su familia llegó a trancas y barrancas al lugar de reposo de su acaudalado pariente, usando desde un yate hasta un helicóptero, sin olvidar canoas neumáticas como las usadas en la Marina durante la Segunda Guerra Mundial, o la ayuda de un submarino de la Armada en el caso concreto del almirante Hammerstein, sobrino del difunto, la ceremonia crematoria ya se había efectuado, y todo lo que pudieron hacer fue llorar —o fingir que lloraban—, ante la arqueta conteniendo un simple puñado de cenizas humanas y la presencia hierática e impenetrable del fiel servidor filipino que acompañó a Homer Hammerstein II hasta su último momento, el hermético Tagal. Se decía en la isla que también había con el millonario, al menos hasta pocas horas antes de su muerte, una maciza nativa de untuosos modales y escasa vestimenta. Quizá por simple sentido de las circunstancias, los organizadores del funeral habían decidido eliminar a la espléndida nativa de todo el ceremonial.

La pregunta inmediata de todos y cada uno de los herederos allí reunidos de prisa y corriendo a causa del acontecimiento que recorría el mundo de extremo a extremo, era inevitablemente la misma:

—¿Y de la herencia del pobre... qué se sabe?

Todo muy suave, muy tiernamente, como lamentando de todo corazón aquella triste circunstancia que les había reunido en torno

a los restos mortales del amado pariente.

La respuesta oficial fue dada al término de la ceremonia por un estirado caballero:

—Señoras y señores, la última voluntad del señor Hammerstein será conocida esta misma noche, tras la cena que él dispuso, en su testamento, fuese organizada para reunir a todos sus parientes con motivo de su funeral. Todos ustedes tienen su respectiva invitación al efecto, para acudir a la mansión que el señor Hammerstein ocupó hasta su último momento, y en la que el notario señor Lokthar, de Sumatra, será su anfitrión y procederá a la lectura del testamento, conforme al deseo póstumo del difunto señor Hammerstein.

Las cosas resultaban chocantes para muchos de los parientes allí reunidos. El criado tagalo, el notario de Sumatra y la finca en el corazón de la selva de aquella minúscula isla oceánica, constituían indicios evidentes de la excentricidad que acompañó en vida al bueno de Homer Hammerstein II. Pero a todos ellos les importaba un cuerno lo que hubiera decidido el difunto para poner escenografía a su legado. Allí lo que contaba era la cuantía de la herencia. Eran tantos los millones, que a cada cual se le hacía la boca agua pensando en el jugoso bocado que iba a tocarle en suerte.

Y, de repente, aquella tarde, cuando las sombras se iban azulando en el mar, en los idílicos parajes de la isla se dibujaban dorados y rojos bellísimos con la puesta del sol, y sonaban instrumentos pintorescos y atávicos en las playas y junglas isleñas, fue cuando llegaron a la isla dos personas con quienes nadie contaba en absoluto.

Esas dos personas eran Ivy Morgan y Ralph Daniels.

Dos personas totalmente ajenas a Hammerstein y su familia. Dos personas que no figuraban en las listas de herederos, parientes o amigos. Dos jóvenes que nadie deseaba ver precisamente ahora y allí.

Y, sin embargo, traían ya consigo la invitación para aquella cena. Y, lo que era peor, iban a asistir a la lectura del testamento como presuntos herederos.

Eso provocó la revuelta inmediata en los Hammerstein. Y un incidente desagradable, indicio claro de que la cena de funeral y la lectura del testamento iba a distar mucho de ser un lecho de rosas.

Tagal, secretario particular de Homer Hammerstein II hasta su

muerte, miró en silencio, con expresión hermética, a todos los reunidos en el amplio comedor rodeado de grandes macetas con palmas, vidrieras abiertas al jardín frondoso, rico en palmeras, recortándose en el cielo azul, estrellado y limpio, del trópico.

—Están todos —dijo apaciblemente, con su inglés suave, casi musical—. El señor se sentiría muy satisfecho si pudiera verles aquí reunidos esta noche...

Los presentes se miraron entre sí, recelosos y nada cordiales. Eran nueve personas exactamente. Sólo nueve. Todas ellas con su cartulina de invitación especial a la cena y lectura del testamento, firmada por el propio difunto, con la fecha en blanco rellena por el propio Tagal.

La mayoría de miradas coincidieron en los dos invitados que nadie había esperado ver allí en esos momentos. Es decir, en Ralph Daniels e Ivy Morgan, los dos de última hora llegados a la isla remota.

Ellos se mantenían inmutables, como ajenos a todo aquello que se rodeaba y a los propios comensales con quienes compartían en este momento la obligada mesa larga y bien servida, de rica vajilla de plata y oro, porcelana fina y cristal purísimo.

—El señor Lokthar será el décimo comensal esta noche —añadió Tagal con calma—. El fue la persona elegida por el señor Hammerstein para ocuparse de este trámite. Por favor, señor Lokthar, puede pasar ya...

El silencio era impresionante. Se hubiera podido cortar, en apariencia, con un tajo de cualquiera de los cuchillos de plata con iniciales de oro en la empuñadura, situados junto a la restante cubertería de aquella mesa, a juzgar por su densidad casi sólida. Una puerta lateral del gran comedor se abrió. Una tenue ráfaga de aire cálido, peso refrescante a causa de la tensión reinante en la sala, acompañó al recién llegado.

Un hombre alto, delgado, cetrino, de facciones orientales, cabello negro, aceitoso, y astutos ojos oblicuos, vistiendo impecablemente a la europea, con un portafolios de piel de becerro en su mano, se abrió paso hacia la décima silla, vacía a la sazón, situada a la cabecera de la larga mesa.

—Buenas noches, señores —saludó fríamente, con una ambigua sonrisa, como si estuviera mentalmente catalogando a cada uno de

los allí reunidos—. Veo que nadie falta.

—Más bien diría que sobra alguno —comentó secamente uno de los comensales.

Lokthar enarcó sus delgadas cejas en un gesto casi maquiavélico, aunque se abstuvo de hacer comentarios. Quien había hablado era precisamente Gary Hammerstein, sobrino del difunto y almirante de la Armada de Estados Unidos.

Muchas miradas confluyeron inevitablemente en Ivy Morgan y Ralph Daniels. Ellos se mantuvieron inmutables, como ajenos a todo. Lokthar depositó su portafolios sobre la mesa, junto a su plato y copa, al tiempo que tomaba asiento con estudiada lentitud, sin quitar sus almendrados ojos de los presentes en la cena aún sin iniciar.

—Les aseguro, señores, que me he limitado a enviar sus invitaciones a *todos* aquéllos a quienes el señor Hammerstein quiso tener hoy aquí. Ni uno más, ni uno menos. Tengo la lista firmada por él personalmente. Podrán examinarla después, si es su gusto. Y recuerden que la voluntad póstuma de un difunto es inalterable... sobre todo cuando ese difunto es quien ha de dejarles su herencia a ustedes. ¿De acuerdo?

No hubo asentimientos entusiastas, pero tampoco se atrevió nadie a negar. Eran demasiados los millones que estaban en juego para que ninguno de los hipotéticos herederos de los mismos pensaran en echar a perder su gran oportunidad.

—Muy bien —admitió de mala gana Elmer Hammerstein, hijo único del difunto y, como tal, primer candidato a la mayor porción del sabroso pastel de millones que iba a partirse allí de un momento a otro, como culminación de la arisca cena—. Señor Lokthar, ¿hemos de esperar mucho tiempo para saber qué decisión tomó mi difunto padre antes de morir?

—Me temo que todavía tendrán esa incertidumbre durante un cierto tiempo, no demasiado amplio —sonrió el indonesio con suavidad, inclinando cortés su cabeza—. Tengo claramente especificada su última voluntad en un documento anexo al todavía no abierto testamento del señor Hammerstein. Y en él dice, sin lugar a confusiones: «Todos mis posibles herederos, en número de nueve, cenarán y brindarán en recuerdo a mi persona, antes de que el testamento se abra, durante el café y las copas, dándose a

conocer a todos ellos simultáneamente mi última e irrevocable voluntad. Quien de ellos renuncie a aceptar tales condiciones previas, quedará automáticamente desheredado». Sabido esto, señores, ¿alguien desea abandonar este comedor ahora?

La pregunta parecía absurda. Nadie se atrevió a murmurar lo más mínimo, ni tan siquiera objetar nada. La amenaza era demasiado grave para echarla en saco roto. Un profundo silencio reinó en el comedor.

—Adelante, señor Lokthar —silabeó de mala gana Elmer Hammerstein, hijo del difunto millonario, aferrando con mano firme los dedos de su esposa, Dyan, una morena exuberante, de poderosos pechos macizos y ojos ardientes—. Cenemos y veamos luego lo que mi padre decidió sobre todos nosotros. Le gustaba jugar con la gente, aunque fuera de su propia sangre. Aquí estamos ahora nosotros: Yo, su hijo, mi esposa, mi primo, el almirante, mi tío Jason Bellamy, el señor Roscoe Morris, su secretario y hombre de confianza en los negocios durante tantos años, Neil Talbot, su socio, su exesposa tercera, la señorita Graves... y los dos últimos en llegar, el señor Daniels y la señorita Morgan. No estoy totalmente de acuerdo, ni mucho menos, en que seamos los elegidos, pero como usted dice, la voluntad póstuma de un difunto, es irrevocable, nos guste o no. Pero lo que no me gusta lo más mínimo es tener que prolongar esta situación más allá de lo justamente razonable, puesto que todo esto resulta para todos nosotros, o para casi todos, si queremos ser exactos, altamente desagradable.

—Les comprendo —asintió el oriental afablemente—. No teman. No pienso prolongar esta situación más de lo indispensable. Por favor, siéntense todos y empiece la cena. Tagal, que sirvan ya. Espero que dentro de una hora, sepan ya todos a qué atenerse, respecto a la fortuna del señor Hammerstein.

Tagal abandonó la estancia en silencio, para regresar con dos nativas de vaporosos atavíos tradicionales, bajo los que no era difícil vislumbrar la silueta opulenta de sus cuerpos, menudos, pero sorprendentemente exuberantes en puntos como sus pechos y caderas. Más de uno de los presentes dirigía miradas de soslayo a semejantes curvas, pero de forma disimulada, para no revelar tales debilidades en un momento que se suponía solemne y hasta penoso.

Comenzó la cena en medio de un silencio tenso. Ivy Morgan

cambió una mirada con Ralph Daniels. Éste le sonrió animoso. Y murmuró entre dientes:

—Animo, señorita. Les guste o no, estamos aquí. No pienso irme aunque eso les hiciera felices a más de uno. O quizá precisamente por ello, no lo haré. ¿Y usted?

—Dudé mucho si debía venir o no a este lugar —murmuró la joven—. Terminé por acudir. Ahora ya no me vuelvo atrás.

—Lina chica valiente —aprobé—. Seguro que nuestro anfitrión lo sabía muy bien cuando extendió esas invitaciones...

—Seguro —rió ella en voz baja—. Conociendo a Homer, no puede uno pensar de otra forma, señor Daniels. ¿Usted le conoció bien?

—No mucho. —Ralph se encogió de hombros. Era alto, de tez bronceada, oscuro cabello y ojos de color marrón, vivaces e inteligentes. Vestía como un ejecutivo, y parecía un jugador de tenis o de polo—. Solamente le conocí durante tres días.

—¿Sólo eso? —Ella enarcó las cejas, asombrada—. Yo había creído batir un récord difícil de igualar. Viví con él un mes. Como amante suya, claro. Por eso nadie aquí me puede ver.

—Es usted muy joven para haber sido amante de un anciano —comentó Ralph, sin mostrarse seco ni ofensivo.

—Lo soy. Pero él pagaba bien. Demasiado bien. Fue un momento difícil de mi vida. No daba nunca nada por nada. Me ayudó en un problema grave. Pero tuve que ser suya. Duré un mes.

—¿Se cansó de él?

—No sea tonto. Ninguna chica, aunque sea joven, se cansa de un magnate cargado de millones. El se cansó de mí. Me dio una suma aceptable, me dejó unos buenos regalos, y dijo que todo había acabado. Yo me marché.

—No le busca rodeos a las cosas, ¿eh?

—¿Por qué habría de hacerlo? Fui secretaria suya durante cinco meses. Y su amante durante uno. Me dio más de lo que hubiera ganado en diez años si sigo como secretaria. Lo malo es que no bastó para salvar a mi madre, aunque sí alargó su vida. El cáncer terminó con ella, pese a mi sacrificio. Pero al menos, en una clínica de lujo, atendida como una reina.

—Entiendo. No es tan malo lo que hizo. Y yo no soy un moralista.

—Mejor. Ahora ya lo sabe casi todo sobre mí. Y por qué me acogen así de bien —rió entre dientes, mirando a los demás comensales—. Lo que no entiendo es que usted esté aquí, tras solamente tres días de trato con Homer...

—Todo fue muy casual. Le salvé la vida.

—Oh, ¿fue eso? Me contaron que había sufrido un accidente de automóvil...

—Es cierto. Pudo morir ese día. Pero yo pasaba por allí. Saqué su cuerpo de entre los hierros retorcidos de su coche. Su chófer estaba muerto. El, muy grave, pero salió bien. Estuve dos días junto a él en la clínica. Al irme, estaba a salvo. Luego, unos meses más tarde, me hizo llamar. Me invitó a comer y cenar con él en su finca de Nueva York. Me hizo un obsequio. También quiso darme dinero. Me negué a ello. Me estrechó la mano, me miró a los ojos y dijo que obtendría en la vida mucho más de lo que imaginaba, gracias a mi generosidad. Nos dijimos adiós, y eso fue todo.

—Y ahora, es uno de los nueve herederos elegidos. Eso significa que no menos de un millón de dólares será suyo, tirando muy bajo.

—Cielos —gimió Ralph—. ¿Qué haré con tanto dinero?

—No diga eso. Lo malo es no tener dinero cuando hace falta. Es muy afortunado con haber sido elegido por el Destino para salvar la vida de Homer Hammerstein en un momento dado.

—Tal vez. Pero me noto desplazado aquí. Soy como un extraño.

—Yo también —rió ella—. ¿Y qué cree que es Stella Graves, su tercera esposa, la única viva, y viuda a su vez de otro marido, Nicholas Graves? Tan extraña como nosotros. Nadie quisiera verla hoy aquí. Lo cierto es que todos se odian cordialmente entre sí.

—Sí, me he dado cuenta de eso perfectamente —sonrió Daniels con un suspiro—. ¿Quién será de entre todos éstos el más sano realmente?

—No apostaría por ninguno, pero casi me inclino por Neil Talbot, el que fue socio de Hammerstein hasta poco antes de su muerte, y luego se apartó de sus negocios casi totalmente.

O su administrador, Roscoe Morris. Los traté ligeramente y me parecieron buenas personas. Mucho mejores, desde luego, que su hijo Elmer, un egoísta duro y sin corazón, y su calculadora esposa, Dyan. O mejores que Jason Bellamy, primo de Homer, o el engreído almirante Hammerstein, quizá el que más necesita el dinero de su

tío, pese a sus aires de grandeza.

—De todos modos, una buena fauna nos rodea —comentó Ralph, pensativo—. Y todavía se las dan de severos con usted y conmigo... Me dan ganas de enviarles a todos al diablo.

—No lo haga —le aconsejó la joven—. Yo lo haría con más motivos que usted, puesto que su modo de mirarme resultaba ofensivo. Pero la mayor felicidad para ellos sería dejarnos fuera de combate a ambos. Serían más a repartir. Justo lo que buscan.

—¿No hay suficiente dinero para todos con la fortuna que se le calcula a Hammerstein?

—Claro. Pero la ambición siempre es insaciable. Sobre todo, la de esta gente... —Apartó su plato de sopa de mariscos, con un suspiro—. Es deliciosa la cocina de esta casa. Pero no tengo el menor apetito.

—Yo tampoco —rió el joven Daniels—. Debe ser a causa de los nervios. Imaginarse rico dentro de unos minutos, puede quitar el apetito a cualquiera. Nunca tuve nada, la verdad. Aunque me deje un legado de mil dólares, será mucho dinero para mí.

—¿De veras? —La joven enarcó las cejas—. ¿A qué se dedica?

—Oh, la mía es una profesión rara —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Soy detective privado.

—¿Es *qué*? —Se sobresaltó Ivy Morgan, dejando caer su cuchara de plata junto al plato, ruidosamente, para mirar con asombro a su vecino de asiento.

Los demás comensales también se volvieron vivamente, atraídos por ese ruido. Ralph sonrió, encogiéndose de hombros.

—Detective privado —repitió—. Eso es lo que soy. ¿Por qué le asombra tanto?

—Detective privado... —repitió con estupor Elmer Hammerstein, mirándole con ojos hostiles—. ¿Qué pinta un detective privado *aquí*?

—No ha venido como tal, señor Hammerstein —sonrió apaciblemente el notario Lokthar— el señor Daniels está citado por el legado de su difunto padre, sólo como tal persona, al margen de su profesión. Después de todo, de no ser por él, está probado que su padre hubiera fallecido hace ya tres años...

—Creo que todos tienen un concepto equivocado de los detectives privados —sonrió amablemente Daniels, mirando a los

demás comensales—. No somos como los representaban Humphrey Bogart o Dick Powell en otro tiempo, como ahora los interpretan Robert Mitchum o George Peppard en el cine o la televisión actualmente. La pura y prosaica verdad es que mi trabajo se limita a seguir esposas infieles, vigilar maridos dudosos, y con mayor frecuencia cobrar facturas difíciles o conseguir documentos de difícil tramitación. Mis honorarios rara vez sobrepasan los cien dólares.

—Y ahora posiblemente entre en posesión de un legado que sobrepasa en cien veces o en mil esa suma —gruñó malhumorado el almirante Hammerstein, sacándose brillo a uno de los dorados botones de su uniforme marino.

—Posiblemente —admitió Daniels, ambiguo—. Pero yo no lo pedí, almirante... ni he venido aquí para envidiar lo que consigan los demás de su difunto pariente.

Fue una frase tan seca como oportuna. El almirante se atragantó con un trozo de pan y tuvo que tomar un largo trago de vino blanco, antes de poder emitir un agrio comentario tras las palabras del joven investigador privado:

—Indignante... No sé adónde iremos a parar, si los advenedizos se enfrentan con cinismo manifiesto a los legítimos herederos de una persona de alta condición social...

Daniels sonrió débilmente, sin dignarse replicar. En vez de ello, escanció vino dorado en la copa de Ivy Morgan, cuando una de las camareras nativas sirvió el pescado en los platos, con una guarnición de frutos tropicales y verduras. Ella le agradeció con suave voz:

—Muy amable, señor Daniels...

—Creo que debemos unir nuestras fuerzas más allá de una simple razón de cortesía —señaló Ralph en voz baja—. Estamos solos frente a un enemigo duro y agrupado. Pídame ayuda si la necesita. Me encantaría poder aplastar aunque fuese solamente un poco a alguna de las alimañas que comparten nuestra mesa esta noche...

—Gracias —suspiró ella, agradecida—. No olvidaré ese ofrecimiento. Puede hacerme falta antes de lo que imagina...

—Estaré dispuesto a ello en todo momento. No me gusta esta gente.

—Tampoco le gustaban a él. Me refiero al difunto —ella se inclinó para hacerle esa confidencia—. Homer no era un hombre ejemplar, ni tan siquiera admirable. Creo que el dinero excesivo le había hecho duro, egoísta y hasta cruel. Pero aun así, detestaba a sus parientes por entender que todos, sin excepción, eran capaces de cualquier cosa para heredarle.

—¿Capaces de cualquier cosa? —comentó Daniels distraídamente, apartando la espina del pescado blanco, cuidadosamente—. ¿Incluso de... *matar*?

Ella dudó ante lo directo y crudo del interrogante. Pero tras una leve indecisión, terminó por asentir.

—Creo que sí —murmuró—. Si Homer no hubiera muerto... cualquiera de ellos hubiese provocado gustosamente su muerte, para heredarle cuanto antes.

—Ya. —Daniels saboreó en silencio el pescado, con un sorbo de vino—. Supongo que no caben dudas respecto al motivo de su fallecimiento...

—Al parecer, ninguna. Los médicos dictaminaron infarto. No hay nada realmente sospechoso en su muerte. Bebía bastante, le gustaban las mujeres y el placer. Era casi natural que terminase así, de repente, con una crisis cardíaca súbita.

—Sí, Supongo que hablaba así por deformación profesional, simplemente —admitió con tono de humildad el joven—. Olvídelo, señorita Morgan.

—Si vamos a ser ambos amigos, frente a ese poderoso grupo de herederos de Homer, vale más que nos tratemos con mayor confianza. Llámeme Ivy, simplemente.

—Gracias. Y usted a mi Ralph. No dude en pedirme ayuda, si la necesita.

—No dudaré. Y sé que voy a necesitarla... tal vez antes de lo que imaginamos ambos.

La cena prosiguió normalmente. Siguió una deliciosa carne en salsa tras el pescado, postre de frutas tropicales y helado, café y copas, así como cigarros para los caballeros. Luego, el notario Lokthar se incorporó con un suspiro.

—Bien, señores —dijo, mirando alternativamente a todos y cada uno de los presentes—. Síganme, por favor. Vamos a proceder a la lectura del testamento de Homer Hammerstein...

Una ceremoniosa procesión de nueve tensos e inquietos comensales, siguió al notario de Sumatra, Lokthar, a una estancia vecina, una biblioteca confortable, de amplias cristaleras asomadas al jardín tropical de la finca isleña, donde iba a desarrollarse la trascendental ceremonia de dar a conocer la última voluntad del difunto magnate.

CAPÍTULO II

—«Supongo reunidos a los nueve herederos por mi elegidos cuidadosamente, antes de pasar revista a mi vida pasada. No es que todos merezcan tal honor, pero tampoco deseo ser demasiado cruel con muchos de ellos, que hubieran merecido más un puntapié en el trasero que estar aquí esta noche, escuchando mi última voluntad...».

Hubo algunas risitas aisladas en los presentes, el notario les miró larga y silenciosamente a través de las gafas de pinza que cabalgaban ahora sobre su nariz, y añadió, tras un carraspeo, siguiendo con la lectura del documento que tenía en sus manos:

«Mi hijo Elmer y su esposa Dyan nunca me dieron la menor satisfacción, pero, después de todo, es mi único hijo y tiene que estar aquí, me guste o no. Mi sobrino Gary, a quien supongo impecablemente uniformado y luciendo sus galas de almirante, es un perfecto cretino, pero no sería justo dejarle fuera del reparto sólo por eso. Neil Talbot, mi exsocio en diversas empresas, ha sido siempre un hombre fiel y trabajador, lo mismo que mi secretario personal, Roscoe Morris. Stella Graves, mi tercera esposa, fue la única entre mis mujeres legales que se comportó decentemente conmigo mientras duró el matrimonio, y luego nunca me pidió nada, por lo que no puedo por menos de desear su presencia aquí ahora. Mi primo Jason Bellamy es un tipo egoísta y desagradable, pero también me ayudó en alguna ocasión, aunque fuese por su propio interés, y eso merece un premio. En cuanto a Ralph Daniels, un extraño a este grupo, hizo más que nadie, salvándome la vida con riesgo de la suya, cuando los restos de mi

coche ardían y yo estaba aprisionado entre ellos, a punto de estallar el depósito de gasolina... Si él hizo tanto por mi vida, ¿qué no debo hacer yo por él, ahora que es la hora de mi muerte? En cuanto a la última persona aquí presente, si es que ha venido, Ivy Morgan, pueden decir que duró poco como secretaria mía, y menos aún como amante, pero en ambas funciones fue honesta y digna, cosa que no puedo decir de muchos parientes y esposas. Es una chica joven que sólo aceptó un trato, miserable quizá por mi parte, pero que procuré resolver dignamente. A fin de cuentas, todo en mi vida fue así: lo que quise, lo compré. Todo dependía del precio. Porque todo tiene su precio. Yo lo sé muy bien. También ella lo tuvo. Necesitaba vender algo y vendió su cuerpo. Eso no la hizo peor que a otras que ahora están presentes, porque estoy seguro que si hubiera ofrecido una suma determinada a mi bella nuera Dyan, a pesar de ser la esposa de mi hijo se hubiera acostado conmigo sin dudarle un momento».

—¡Qué vergüenza! —rugió Elmer, palideciendo, y poniéndose airadamente en pie—. ¡Mi padre un degenerado sin dignidad!

—Calma, querido —le controló la propia Dyan con serenidad, apretando su brazo con mano firme—. Después de todo, no puedes ofenderle ya. El está muerto. Y es justamente eso lo que quería cuando escribió esas líneas: ofendernos, y molestarnos. Era su especialidad.

Daniels rió entre dientes, ganándose una mirada feroz de los Hammerstein. Ivy Morgan añadió algo a esa risita, con voz burlona:

—Vaya, se ve que no soy yo sola la que merece críticas aquí...

El almirante tosió, mirando a la muchacha con cierta agresividad, pero cuando iba a decir algo, le detuvo la fría expresión de la mirada de Daniels, fija en él.

El hombre de Sumatra se limitó a sonreír, siguiendo impasible la lectura:

«Ahora, procedamos al legado propiamente dicho. Quiero que todo sea justo y, por tanto, ofreceré partes iguales a todos y cada uno de mis herederos, de la suma

total de CIENTO NOVENTA MILLONES DE DOLARES EN EFECTIVO, aparte mis bienes comerciales e industriales, a repartir entre todos en igual proporción, con la salvedad de uno de ellos, sea quien sea, que llegue a ser capaz de alcanzar en primer lugar el sitio donde mi fortuna espera. Esa persona, independientemente de las demás, obtendrá por ése solo hecho un diez por ciento del total de mi fortuna, aparte su propia parte proporcional. Es decir, cobrará inicialmente diecinueve millones de dólares por triunfar en esa competición de ingenio, unidos a los diecisiete millones cien mil dólares que le corresponderán luego por distribuir proporcionalmente la cantidad sobrante, de ciento setenta y un millones, ya que una décima parte final del total, pasará a su vez a incrementar los fondos de la Fundación Hammerstein, mi obra social encargada de financiar hasta el último momento los viajes, gastos y demás necesidades de los nueve herederos elegidos, en su búsqueda del tesoro».

—¿Búsqueda del *tesoro*? —repitió con voz aguda Stella Graves, la viuda de Hammerstein—. ¿Qué diablos significa eso? Suena a cuento de niños...

—Casi lo es —sonrió Lokthar afablemente, dejando de leer—. Hablé de eso con el señor Hammerstein cuando me redactó este extraño testamento. Desde niño, le habían impresionado grandemente los relatos novelescos de búsquedas de tesoros, claves y mapas escondidos y cosas así. Creo que su última travesura en la vida fue precisamente ésta: retarles a todos a un juego. Una especie de partida con el mundo por tablero, donde buscar una fortuna inmensa, que será en gran parte para el más astuto de todos. No dar con ese dinero, significa perderlo *todo*.

—¿TODO? —repitió con un aullido el almirante—. ¿Qué significa tal cosa?

—Justo lo que he dicho. El testamento es explícito. Si transcurridas tantas semanas como herederos son, justamente nueve, no aparece su fortuna, ésta pasará íntegra a su Fundación, cuando a las diez semanas de esta fecha se abra un documento

depositado en sitio seguro y bajo controles severos, donde declare lugar y cuantía de los fondos a entregar a dicha Fundación. Ustedes nueve, señores, tendrán que iniciar su carrera de astucia y de valor, para intentar dar con el paradero del tesoro. Pero les advierto que no será tarea fácil ni breve. Escuchen, por favor, el resto del testamento, y sabrán por qué hablo así...

En medio de un repentino silencio sombrío, el notario de Sumatra tosió seriamente, y reanudó la lectura, sin que nadie volviera ya a interrumpirle:

«En consecuencia, he dispuesto en diversos lugares del mundo la existencia de cinco objetos que, también automáticamente, serán propiedad de quien los halle, y en cada uno de los cuales está una charada o clave para hallar el siguiente en la carrera que vais a iniciar. Esos objetos son cinco cráneos de diamante. Cinco cráneos de reducido tamaño, en cada uno de los cuales se halla una frase clave para localizar el siguiente. Y así, hasta el quinto cráneo de diamante, que dará la clave final y definitiva.

»Solamente, pues, quien halle el quinto y último cráneo de diamante, tendrá derecho a mi fortuna, y la repartirá en la forma indicada con los demás herederos. Espero que mis parientes y amigos sean lo bastante listos para entender mis sencillas claves. Pero tengan en cuenta que, si durante la búsqueda, uno o más de ellos llegasen a morir, mi fortuna se repartirá a su vez entre los supervivientes, por partes iguales. Sé que eso puede inducir a alguno de mis adorables herederos a intentar eliminar a los otros, pero eso me tiene perfectamente sin cuidado. Allá ellos, y que cada cual, si aspira a ser dueño de mi dinero, que arriesgue su pellejo cuando menos».

El notario oriental hizo otra pausa. Luego, extrajo un papelito adherido al final del legado, y leyó con lentitud, acentuando mucho sus palabras:

«En cualquier zona americana, puede estar el

cráneo primero. ¿Dónde mejor que en la Antillana, entre tortugas y negros?».

Reinó un profundo silencio de estupefacción en la sala. Antes de que nadie hiciera comentario alguno, el notario Lokthar agitó el papelito, de color verde claro, y añadió someramente:

—Ése es el texto del primer mensaje en clave o charada. Tendrá una copia cada uno de ustedes esta misma noche» para que empiecen a estudiarla. Y mañana será el inicio del plazo de nueve semanas de que disponen para llegar al final de este juego.

—No es demasiado tiempo para algo tan oscuro y confuso —gruñó de mal humor Neil Talbot, el exsocio de Hammerstein—. No tengo especial interés en heredar nada de Homer, pero sospecho que lo que pretendía era divertirse por anticipado, haciéndonos jugar una partida feroz, en la que no estén exentos los mordiscos mortales entre nosotros.

—Es posible que sea así. Puede renunciar, si quiere, a su parte, que incrementará la de los demás —le hizo notar el notario gravemente.

—No. Hay algo deportivo en esto, aunque me inquieta que podamos llegar a matarnos unos a otros para incrementar nuestro posible beneficio final. Seguiré el juego.

—Piensen que si fallan en la búsqueda de los cinco cráneos, todo el esfuerzo hecho hasta entonces habrá sido inútil, y no obtendrán nada en compensación, salvo haber podido usar los fondos de la Fundación Hammerstein en sus viajes y gastos, única forma de que alguien, incluido el propio Hammerstein, podría manejar esos fondos intocables que hace ya doce años formaron la Fundación.

—Sí, entiendo eso —asintió a su vez Jason Bellamy, frotándose el mentón—. Mi primo Homer era un cerdo. Pero al menos, el cebo vale la pena. Intentaré morder ese maldito anzuelo. Como todos, supongo.

Hubo un silencio profundo en la biblioteca. Todos se miraron entre sí. Daniels giró rápidamente la cabeza hacia las vidrieras asomadas al oscuro jardín tropical, como si algo en él le hubiera llamado instintivamente la atención. Pero salvo el movimiento suave y balanceante de algunos arbustos en la noche cálida, de tenue brisa, no descubrió nada que justificase su alarma.

Sí. Evidentemente, todos aceptaban el absurdo juego del caprichoso millonario muerto. Aquellos millones eran un premio demasiado jugoso y apetecible para renunciar fácilmente a tal posibilidad.

Daniels cambió una mirada rápida con Ivy Morgan. Ésta enarcó sus cejas.

—¿Dispuesta a vencer en este disparate? —sonrió él.

—¿Por qué no? —Se encogió ella de hombros—. Es un juego, ¿no?

—Sí. Pero un juego peligroso quizá. Muchos de estos herederos matarían a su propia madre para alcanzar ese dinero. No tendrán muchos escrúpulos en intentar deshacerse de uno de nosotros, si con ello pueden tener más posibilidades de alcanzar el éxito final. Es demasiado dinero el que está en juego.

—Pienso igual. La idea de Homer ha sido diabólica.

—Sí. Es una invitación a matarnos unos a otros. Empiezo a preguntarme si valía la pena salvar una vida como la suya...

—Ya es tarde para lamentarse de eso —rió Ivy Morgan—. Además, si usted llegase a descifrar esos mensajes en su totalidad... podría conseguir la friolera de treinta y seis millones de dólares... ¿No le ayudará en algo ser detective privado?

—Quizá —sonrió Daniels—. Dentro de nueve semanas puedo ser un detective supermillonario... o un detective muerto.

Y soltó una agria carcajada, mientras sus ojos inquietos volvían a mirar hacia el jardín, convencido una vez más de que unos ojos misteriosos y ocultos les vigilaban desde el exterior en aquella cálida noche tropical...

CAPÍTULO III

La orquestina inició una pieza lema,ailable. Ralph Daniels alzó su copa de champaña con aire ligeramente burlón.

—Por nosotros, Ivy —dijo, chocando el vidrio con el de ella—. Que tengamos suerte.

Los dos, naturalmente.

—¿Los dos? —dudó ella, tras tomar un sorbo del dorado y burbujeante líquido—. ¿De veras piensa compartir conmigo su posible suerte futura?

—Igual que usted conmigo, supongo —sonrió él, dejando su copa en la mesa.

—Lamento decirle que no tengo la menor idea de cómo comenzar la búsqueda de ese tesoro. Esa charada no me dice nada. Es rocambolesco lo que nos propone Homer en su testamento.

—Rocambolesco, sí. Ésa es la palabra. Un juego absurdo, infantil, pero sumamente peligroso. Si alguno de nosotros nueve es un asesino, los demás peligran. Quien ambicione la totalidad de esa vasta fortuna, no dudará en eliminar a los demás, si se ve capaz de llegar por sí solo a feliz término.

—¿Usted cree que puede ser quien llegue primero?

—¿Por qué no? —Ralph se encogió de hombros—. Tengo tantas posibilidades como el que más. Supongo que se necesita ingenio y astucia. A veces resuelvo los pasatiempos de la hoja de entretenimientos del diario. Esto es algo parecido. Sólo que con un premio fabulosamente grande.

—Pero no es usted el hipotético asesino, supongo.

—No, creo que no —rió Daniels de buen humor—. No tengo madera de criminal, personalmente, además, me conformo con el pellizco que pueda tocarme si llego antes que los demás a ese dorado premio de su examante, mi querida Ivy.

—Eso me tranquiliza un poco —comentó ella burlonamente—.

No me gustaría estar asociada de alguna forma a un asesino.

—Pero la posibilidad persiste. No me gusta esa gente con la que hemos cenado hoy. Muchos de ellos serían capaces de matar por mucho menos de lo que esperan obtener si todo va bien y los nueve llegamos a la meta.

—A mi tampoco me gustan. ¿Qué proyecta hacer para iniciar la batalla?

—Lo único posible: buscar el primer cráneo de diamante, esté donde esté.

—Pero ¿dónde está?

—La charada lo dice, evidentemente.

—¿Está seguro de eso? —Ella enarcó las cejas con aire dubitativo.

—No hay la menor duda sobre ello. La charada es clara.

—¿Clara?

—En cierto modo, claro. Dice textualmente: «En cualquier zona americana/puede estar el cráneo primero. / ¿Dónde mejor que en la Antillana, / entre tortugas y negros?».

—Yo no lo veo nada revelador. Podrían ser tantos sitios...

—No tantos. Las Antillas, seguro. Ya es un área más restringida. América, y las Antillas. Luego debemos buscar algo relacionado con negros y tortugas.

—Negros y tortugas... Debe haber millones de ambos en el Caribe, Ralph.

—Exacto. Por tanto, no sería ninguna clave si no eligiéramos la palabra decisiva del acertijo.

—¿Y esa palabra...?

—Yo creo saber la que es —sonrió Daniels, incorporándose y preguntando a la joven con suavidad—: ¿Bailamos ahora?

Ella pareció sorprendida por la petición. Pero se puso en pie y comenzó a seguir la danza.

Era una versión melodiosa y suave de «Perfidia». Alrededor de ellos, palmeras, setos, cielo y estrellas, formaban un retazo de trópico, fresco, bello y sensual. Se mezclaron con otras parejas, en la pista circular, rodeada de mesitas discretas, con floreros y lámparas de luz tamizada. Ella miró a Ralph con fijeza, muy cerca de él, entre sus brazos.

—¿Por qué bailamos? —quiso saber—. Antes dijo que no le

gustaba...

—Dije la verdad. Pero tampoco me gusta que me espíen cuando hablo.

—¿Espiarle? —El gesto de ella era dubitativo, como si recelara del equilibrio mental de su compañero—. No entiendo... No había nadie en las mesas de alrededor...

—No hacía falta. En el florero había un micrófono sin cable. Estaba bien oculto entre las llores. Pero se veía algo del metal.

—¿Un micrófono! —se alarmó ella, mirando vivamente a la mesa que habían abandonado—. ¿Está seguro de eso?

—Totalmente. ¿Quiere comprobarlo por sí misma?

—No, supongo que no hace falta. Usted es detective privado. Puede ver cosas así. ¿Por qué pudieron ponerlo?

—Está claro. Alguien ignora lo que significa la charada inicial de Homer Hammerstein, y han pensado que yo sí lo sé.

—¿Uno de los otros herederos?

—Posiblemente. Pero es un modelo de micrófono muy sofisticado. Esta misma noche, durante la lectura del testamento, tuve la rara impresión de que alguien vigilaba desde el jardín. Pudo haber otra persona ajena al grupo, interesada en participar en este juego de locos.

—¿Quién podría ser?

—No lo sé. Yo no conozco a posibles parientes o amigos del difunto, dejados intencionadamente de lado en la lista de herederos... ¿Usted sí?

—Conozco a alguno que no estuvo hoy en esa mansión, la verdad.

—¿Quién, exactamente?

—Dos, que yo sepa: Clinton Maddox, exsocio segundo de Homer. Un hombre duro y violento como pocos. Homer lo echó por defraudación de fondos. Pudo haberlo metido en la cárcel, pero no quiso hacerlo. Hasta entonces, había gozado de su confianza en mayor grado que Neil Talbot o Roscoe Morris.

—Usted habló de dos, no de uno.

—El otro podría ser Irving Leyland.

—¿Quién es ése?

—Viudo de Cheryl Leyland, de soltera Cheryl Hammerstein.

—¿Hija del difunto?

—Sí. Se suicidó en una crisis nerviosa. Su padre siempre pensó que esa crisis tuvo mucho que ver con el comportamiento de Irving, su marido, y sus amores con otras mujeres. Le retiró el saludo. Y naturalmente, también todo su apoyo económico y moral. Ahora está arruinado y dado a la bebida.

—Ya veo. Podría arriesgar algo para intentar rehacer su vida, ¿no?

—Supongo que sí, siempre que haya quien pueda ayudarle. Tal vez Randsome Baxter.

—¿Randsome Baxter? Otro nombre que ignoro. Usted sabe mucho de la gente que rodeó a Hammerstein. ¿Quién es éste?

—Su peor enemigo. Competidor en negocios, finanzas y cuánto abordase Homer. Adversarios mortales. Hubiera hecho lo que fuese con tal de arruinar a Homer. Y éste a él, por supuesto.

—¿Rico?

—Mucho. Pero no tanto como Homer. Lo suficiente, sin embargo, para poseer un amplio complejo industrial. Y, por supuesto, para pagar a quien sea, con la idea de quedarse con el imperio Hammerstein para él.

—Tenemos ya a siete herederos, dos desheredados y un competidor peligroso. Demasiados sospechosos para un solo golpe. Pero uno de ellos puso ese micrófono allí, no hay duda.

—¿Valía la pena salir a bailar? ¿Es que va a decirme algo decisivo?

—En efecto —rió Daniels—. Voy a decírselo: sé dónde puede estar ese primer cráneo de diamante.

—Cielos, ¿de veras? —dudó ella, abriendo mucho los ojos.

—En efecto. —Daniels siguió unos pasos. La orquestina cambió a otra melodía, «Frenesí», sin que ellos dejaran de bailar—. La charada es clara: negros y tortugas.

—No entiendo...

—Hay unas islas al final de los Cayos de Florida. Se llaman *Dry Tortugas*. En ellas, conozco un lugar conocido como Negros del Sur.

—¿Qué lugar es éste?

—No demasiado grande. Una ensenada rocosa, con figuras de supuestos negros tallados por la Naturaleza en las rocas oscuras. Está frente por frente a La Habana. En las noches claras pueden verse las luces de la capital cubana desde esa ensenada isleña.

Vamos a ir allí los dos.

—Pero habrá que encontrar un simple diamante, tallado en forma de cráneo, en alguna parte de esa ensenada. No puede ser muy grande... Resultará difícil encontrarlo.

—Yo diría que no puede serlo demasiado, o el juego no tendría objeto. Ha de ser algo complicado en apariencia, pero simple en realidad. Algo que se desprenda del propio texto de la charada. Iremos allá. Y entonces volveremos a examinar la adivinanza. Seguro que damos con el primer cráneo...

—Lo dice con tal seguridad, que casi ha logrado convencerme de que dice la verdad. Y que todo va a ser así.

—Lo será. No lo dude, Ivy. Tenga fe en mí. Creo que podemos ganar a los demás por un cuerpo de ventaja, cuando menos. Pero mucho me temo que no a todos ellos.

—¿Qué quiere decir? —Se inquietó la joven.

—No sé. Es sólo un presentimiento. Pero algo me dice que, muy de cerca, alguien nos vigila y va a seguirnos al sitio donde espero encontrar el primer cráneo...

—Pero si no pueden oírnos aquí, en la pista, sonando la música, lejos de todo posible espía...

Ralph Daniels no respondió. Se paró en seco. Miró hacia una mesa de las que se hallaban más apartadas de la pista. Ivy Morgan siguió su mirada, llena de intriga.

—¿Qué mira ahora? —Se inquietó.

—Esa mesa... Había un hombre en ella hace poco —dijo Ralph en tensión—. Un hombre peculiar, con un *jipi* color crudo y un traje de hilo *beige*... El camarero le decía algo hace un momento, de pie a su lado.

—No le veo nada raro a todo eso —volvió a mostrarse perpleja la joven.

—Espere, Ivy. El hombre del *jipi* no dio la menor señal de oír al camarero. Éste le tocó entonces el hombro, él se volvió y le atendió, asintiendo varias veces. Luego, volvió a mirarnos a nosotros mientras bailábamos.

—¿Y qué puede significar todo eso?

—Está muy claro. Ese hombre es *sordo*. Si no ve a una persona, no puede saber lo que le dicen. Por eso nos miraba a nosotros. Estaba *leyendo en nuestros labios* lo que se decía. Por tanto, ahora

ya sabe que vamos a *Dry Tortugas*, a la ensenada de Negros del Sur. Espero que eso sea todo, y la iniciativa siga siendo nuestra. Vamos, Ivy. Tomaremos el primer avión para Estados Unidos, y de allí iremos al sur de Florida, a la proximidad de las Antillas...

Y tiró de la mano de ella, para dirigirse rápidamente a la salida del local al aire libre, en las afueras de Manila.

Ralph Daniels aún llevaba la iniciativa en todo aquello. Pero sabía ahora que otras personas lo bastante astutas para imaginar que él, como detective privado y hombre de rápida agudeza mental, sería uno de los primeros en descifrar las claves, iban en pos de él, esperando utilizar en su beneficio los descubrimientos que él pudiera hacer en lo sucesivo.

Era un lugar sorprendente y hasta misterioso.

Una ancha franja arenosa asomaba al mar, recibía las corrientes encontradas del Golfo de México y del Atlántico. Allá, muy lejos, casi se adivinaban más que se veían las lucecillas remotas de la costa cubana, bordeando el mar en La Habana. Atrás, las negras rocas del litoral mostraban un telón de fondo hecho de verdura y cimbreantes palmeras tropicales.

Alrededor de ellos dos, cuando el pequeño yate alquilado fondeó en la ensenada, no se veían demasiados lugares donde uno pudiera encontrar un diamante, por grande que fuese, con posibilidades de éxito.

Se podía husmear durante años en las negras rocas caprichosamente talladas por el mar, el aire y la erosión en forma de rapadas cabezas de negros africanos, sin dar no ya con un diamante, sino ni siquiera con una garrafa de ron. En cuanto a la arena y la vegetación, formaban dos zonas tan ásperas y amplias como para abandonar toda esperanza al verlas.

Numerosas tortugas, grandes y perezosas, deambulaban, en ida o vuelta hacia el mar, arrastrando sus caparazones por la arena y dejando los surcos de sus pesadas patas, sin que su nutrida presencia ofreciera tampoco la menor esperanza de cara a la localización del cráneo de diamante mencionado por Homer Hammerstein.

—¿Y ahora, qué? —susurró Ivy Morgan, desalentada, mirando la vasta extensión pedregosa que bordeaba la arena playera y las

aguas tranquilas y serenas.

—Paciencia —suspiró Ralph con calma—. No puede esperar que las cosas sean tampoco excesivamente fáciles. Homer puso su primer cráneo de diamante en algún sitio relativamente sencillo. Pero hay que hacer funcionar el cerebro un poco. Después de todo, esto es un juego de astucia y de imaginación. Nada nos lo darán hecho, estoy seguro. Pero una lógica implacable presidirá las charadas de Hammerstein, o él nunca hubiera planeado el desafío en esos términos.

—Lo cierto es que estamos en la ensenada —dijo ella, cuando Ralph la ayudó a saltar a la arena, mojándose lo menos posible, desde la canoa botada desde el yate, hasta la arena fina y dorada de la playa solitaria—. Y que parece demasiado grande para empezar a buscar algo tan reducido como un diamante tallado...

—Calma, Ivy —sonrió Ralph, ya pisando aquella crujiente arena dorada—. Tengo una idea, siempre la tuve. Sólo hay que comprobar que, realmente, esa idea es atinada. Y ya de eso no puedo responder, al menos por el momento.

Caminaron por la playa mientras las aguas lamían la franja arenosa a sus espaldas, y el pequeño yate facilitado por los fondos de la Fundación Hammerstein, se mecía suavemente en las aguas, a alguna distancia de la costa, con sólo un joven empleado de confianza a bordo, vigilando en torno la posible llegada de otra embarcación. Lo cierto es que, por el momento, no se veía rastro de ninguna por el litoral. Pero Ralph no parecía fiarse demasiado de eso.

Dejaron atrás la arena, pisando las primeras rocas negruzcas que, poco a poco, se iban elevando, formando escalones naturales, hacia las sorprendentes figuras modeladas por el caprichoso escultor que era la Naturaleza.

—Mire —dijo Ralph, señalando a un punto concreto—: Ahí hay las dos figuras de negros más perfectas de este conjunto rocoso. Y entre ellas, ¿qué ve usted, Ivy?

La joven miró en esa dirección, intrigada, lanzó una exclamación.

—¡Una tortuga! —murmuró.

—Eso es. Una tortuga de más de doscientos años de vejez. Ni siquiera vive ya. Se quedó ahí al morir, y su caparazón forma ya

casi una rocosidad unida al propio paisaje. ¿Se da cuenta de lo que sugerí?

—¿Usted cree que, precisamente, *ahí*...?

—Sí —afirmó Daniels con énfasis—. Creo que ahí está, en alguna parte, el diamante que buscamos... Vahíos, Ivy. Sospecho que no estamos aquí tan solos como parece...

—Pero no se ve a nadie, no se oye ruido alguno...

—Aun así, algo me dice que nos vigilan. Vayamos rápidos. Quiero ese diamante.

Necesito leer el segundo mensaje, la charada número dos antes que ningún otro...

Se abrió paso entre las rocas negras, seguido a duras penas por Ivy Morgan, que se mostraba excitada con la posibilidad de que las esperanzas de su compañero resultaran fundadas en esta ocasión.

Ralph se detuvo junto a la caparazón ya brillante y como petrificada del viejo animal Sin vida. Las cabezas de los imaginarios negros africanos, se recortaban con extraña precisión contra el cielo azul, que oscurecía con el atardecer.

El joven detective lanzó una sorda imprecación. Levantó en sus manos algo que había hallado bajo el caparazón de la vieja y difunta tortuga. El atardecer hirió el objeto con un destello quebrado y centelleante. Ivy quedó como embelesada.

—¡Un diamante! —dijo, trémula.

—Eso es. Un diamante —él lo movió a la luz, haciéndole centellear de mil formas diversas—. Faceteando cuidadosamente. Con el aspecto de un cráneo humano tallado en vidrio. Muy bello y valioso, sin duda. Pero no tiene nada dentro...

—¿Qué podría tener dentro un diamante?

—No lo sé. Esperaba hallar un documento, Un papel, algo... —Meneó la cabeza, ceñudo, y entregó el diamante a la joven—. Espere. Debo ver algo más.

Introdujo los dedos bajo la corteza pétrea de la gigantesca tortuga. Hurgó muy poco tiempo. Resopló, satisfecho, echándose atrás. En su mano había ahora un pequeño cilindro metálico, del tamaño de un cigarrillo. Lo mostró a la luz.

—Ya está —dijo—. Esto es lo que buscaba.

—¿Qué es?

—Un pequeño tubo. Tiene una tapa por un lado. Debe contener

algo. Imagino lo que es...

Lo abrió lentamente. De su interior, cuidadosamente, logró extraer un pequeño papel enrollado. Era verde claro, como el que leyerá inicialmente el notario de Sumatra en la casa de la isla.

—¿Otro mensaje de Homer? —preguntó Ivy, en tensión.

—Sí —afirmó despacio Ralph—. Veamos lo que dice...

Desplegó el papelito. A la claridad vespertina, pudo leer los grandes caracteres en tipo de imprenta mayúscula.

El texto, en principio, parecía tan hermético como el primitivo. Ivy le oyó recitarlo en voz alta, con expresión perpleja:

«Muerto está el que esto escribe, muerta el agua y lo que vive. Allí está la segunda clave. Allí estará, si tú lo sabes».

—Cielos... —susurró ella—. Esta vez sí que no entiendo nada, Ralph.

—Yo tampoco —confesó él, ceñudo.

En ese momento, sonó el disparo. Luego, el grito.

Ralph Daniels se lanzó sobre Ivy, derribándola por las rocas, arrastrándola consigo, mientras sonaban otras detonaciones, y proyectiles rabiosos zumbaban cerca de ellos, levantando negras esquivras en las piedras de la ensenada.

CAPÍTULO IV

—¿Qué significa esto? —murmuró ella apagadamente, pegándose contra las negras piedras, llena de terror.

—Creo que está claro. Alguien pretende matar a alguien. Tal vez a nosotros, pero no estoy seguro.

—Ha sonado un grito...

—Ya lo oí. Y no era de miedo, sino de dolor. Alguien herido. Quizá muerto.

—Dios mío...

—Calma, no se mueva ni intente cambiar de posición. Esas rocas nos protegen de un posible tirador agresivo. Si no va con nosotros la cosa, ciertamente ha de ir con alguien que está muy cerca de nosotros, sea quien fuere...

—¿En esta isla, donde estábamos ambos solos?

—Creíamos estarlo. Pero lo cierto es que hay alguien más aquí, y sin ninguna intención amistosa, a lo que se ve.

—¿Estará relacionado con la herencia?

—De eso no hay duda alguna. Está relacionado con todo esto, de un modo u otro. Lo que me gustaría saber es quién es el agresor... y quién el agredido. Pero no es prudente intentar nada ahora. Quienquiera que haya disparado, no bromea. Y si intento verle o darle caza, es posible que la emprenda también conmigo. Si al menos fuese armado... Pero no pensé que las cosas fuesen tan duras en este asunto. Espero que me sirva de lección.

—¿Cree que seguirá habiendo problemas en el futuro?

—Más que eso: presiento que cada vez habrá más problemas y más graves. Malo es que haya empezado esto a ponerse feo, Ivy.

Permanecieron callados unos momentos. No se oía ruido alguno ahora. No sólo los disparos se habían silenciado, sino que también brillaban por su ausencia las voces humanas o los ruidos de pisadas en el suelo pedregoso.

La mirada aguda de Ralph Daniels recorrió todo el paraje que le era posible ver desde su actual posición. Luego, lentamente, se incorporó, siempre algo agazapado, pese a la presión de una mano nerviosa de ella y de su voz ronca y alarmada:

—¡Cuidado! Pueden estar esperando que asome...

—No creo que se arriesguen tanto. Ni siquiera saben si llevo armas conmigo. Y espero que crean que sí...

Se adelantó unas yardas, entre las rocas, pegado a ellas, sin ofrecer blanco alguno. Su mirada escudriñó un sector del paraje. Su voz sonó tensa unos instantes más tarde:

—No veo a nadie, salvo un cuerpo inerte entre esas piedras... No se mueva, Ivy.

—¿Qué... qué pretende?

—Acercarme a dónde está esa persona. Si oyera algún disparo, grite simplemente esto:

«¡Ralph, use su arma! ¡Yo voy a disparar con la que usted me ha dado!». ¿Se acordará de esas palabras?

—Sí. Pero no tenemos armas...

—Claro que no —rió huecamente él—. Pero debemos confiar en que él o ella no lo sepan. La mención de dos personas armadas, siempre produce cierto respeto incluso a un criminal.

—Temo... temo que me tiemble la voz. Tengo miedo, Ralph.

—Esté segura de que nuestro enemigo también lo tendrá, por valeroso que sea. Nadie es totalmente perfecto, ni siquiera un asesino. Ahora, serenidad. Y espere sin moverse lo más mínimo.

Ralph se alejó entre los negros peñascos de la ensenada, en dirección adonde viera un bulto humano tendido sobre el suelo abrupto. Cuando llegó a su lado comprendió que no podía hacer nada por él.

Yacía boca arriba. Le habían clavado dos balazos en el pecho, matándole casi en el acto. Una expresión de horror y de enorme asombro, se pintaba en una faz lívida y desencajada, de ojos vidriosos. La sangre empapaba sus ropas, saliendo de dos orificios bastante amplios.

—Al menos ha sido un «38» —gruñó Daniels entre dientes, ante el diámetro de los agujeros de bala—. Cielos, ésta era la víctima... ¿Pero *quién* la mató?

En vano miró en derredor suyo y avanzó unos pasos en uno y

otro sentido, con las debidas precauciones. No se veía ni rastro del tirador. En aquellas negras piedras de apariencia basáltica, era inútil buscar huellas. No existían.

Iba a regresar junto a Ivy Morgan, cuando sonaron repentinos ruidos hacia su derecha. Rápido, se tiró de bruces en las piedras, para intentar evitar cualquier ataque irremisible.

También debió oír esos ruidos Ivy, porque su voz llegó nítida y hasta amenazadora:

—¡Ralph, dispare! ¡Yo también usaré mi arma, la que usted me ha facilitado!

Daniels sonrió, pese a lo duro y sombrío de su rostro. No eran las mismas palabras; pero servían para la ocasión. La prueba más evidente era que una repentina voz aguda gritó vivamente, con tono angustiado:

—¡No, no dispare! ¡No lo hagan, por favor! ¡No estamos armados ni venimos a pelear contra nadie!

Daniels arrugó el ceño, fijos sus ojos en las piedras de donde habían brotado las voces anteriores. Su tono fue áspero:

—Está bien, salgan de ahí, quienes quiera que sean, y pronto. Con los brazos en alto, o disparamos.

No tardaron en asomar tres cabezas asustadas, tres rostros llenos de temor y de incertidumbre, así como sus respectivos brazos bien en alto, para demostrar que no empuñaban arma alguna amenazadora.

—¡No, por Dios, no disparen! —Sonó una voz angustiada, con fuerte énfasis—. ¡No lo hagan, estamos desarmados todos!

—Veamos si es cierto —silabeó Ralph secamente. La voz le resultó conocida—. Vamos, vayan saliendo uno a uno y que se vea claramente que no llevan armas de ninguna clase. Mi compañera se ha puesto un poco nerviosa, y podría apretar el gatillo a la menor señal de duda.

Ya estaban allí los tres. Alarmados, con sus brazos alzados y la mirada fija en el joven. Éste les contempló con cierto sarcasmo, la mano hundida en el bolsillo de su pantalón, fingiendo tener algo bajo la tela, para no mostrar aún su «farol».

—Vaya, una familia unida y enternecedoramente amorosa —comentó, irónico—. Nada menos que tres Hammerstein juntos... Elmer y Dyan Hammerstein, con su pariente, el buen almirante

Hammerstein. ¿Se puede saber qué hacen los tres en esta isla?

—Creo que eso deberíamos preguntarlo nosotros con mucha más razón que usted —se envalentonó Dyan Hammerstein, la rubia y hermosa esposa de Elmer mirándole con ira—. Ni siquiera es usted de la familia.

—Pero soy heredero, como ustedes —rió Daniels—. ¿Se ha olvidado acaso de tal hecho, señora? Y que yo sepa, esta isla ni siquiera era propiedad de su suegro...

—Pero usted sabe que aquí estaba el primer cráneo —acusó duramente el almirante—. Por ello está aquí. Y por ello ha habido disparos hace un momento. ¿A quién ha matado, Daniels?

—A nadie. Pero me dan tentaciones de comenzar con usted, almirante —replicó acremente el joven. Luego, señaló hacia las rocas, mientras el almirante Hammerstein retrocedía instintivamente dos pasos ante la amenaza—. Arriba hay un hombre muerto. Todos le conocíamos. Alguien le clavó dos balas de calibre 38 o 40 en el cuerpo.

—Dios mío... —Se estremeció Elmer, palideciendo ligeramente. Sus ojos se fijaron en él—. ¿Quién... quién es?

—Era alguien ajeno a la familia —rectificó suavemente Ralph—. Pero no ajeno al grupo de herederos. Se trataba de Neil Talbot, exsocio de Homer Hammerstein II.

—Neil... —Dyan Hammerstein reveló horror en sus ojos—. ¿Por qué él?

—No lo sé —se encogió de hombros Ralph—. Oí los disparos y acudí a ver lo sucedido. No he visto ni rastro del asesino, entre otras cosas porque también disparó contra nosotros, aunque no me produjo la impresión de que quisiera alcanzarnos.

—¿Por qué iba a disparar, entonces? —Gruñó Gary Hammerstein, el marino.

—No lo sé —volvió a negar Ralph, sacudiendo su cabeza—. Tal vez sólo pretendía asustarnos.

—¿A usted y a quién? ¿A esa amiga suya que fue querida de mi suegro? —El tono de Dyan rebosaba desprecio y rencor. Sus abultados y erguidos pechos se agitaron bajo el apasionamiento puesto en la frase hiriente.

—En efecto. —Ralph la miró fríamente—. Quizá quiere dejarnos vivos, porque sabe que yo soy quien puede revelar a todos el

camino correcto a seguir.

—Está fanfarroneando. Nosotros también lo hemos encontrado —se irritó Elmer.

—Cierto. Mis felicitaciones por ello. Pero el primer cráneo de diamantes lo tengo yo —silabeó secamente Ralph, mostrando a la luz el objeto, aquel diamante tallado como una calavera. Su fulgor emitió destellos amarillos e irisados al ser herido por la claridad huidiza vespertina. La mirada de Dyan Hammerstein brilló casi tanto como la piedra, con una expresión indudable de muy femenina codicia hacia una joya.

—Es hermosa —jadeó roncamente, humedeciendo sus labios involuntariamente. Ello les hizo aparecer más rojos, más brillantes y también más sensuales.

—¿Le gusta? —Ralph enarcó las cejas—. No puedo regalárselo, porque lo guardo para la señorita Morgan, pero le prometo, señora Hammerstein, hacerle obsequio del segundo que encuentre, con el permiso de su esposo.

—Vuelve a fanfarronear —masculló el marido con rabia—. No puede estar seguro de que el segundo diamante sea también suyo, a menos que mate usted a quien lo encuentre primero..., como puede haberle ocurrido a Neil Talbot.

—¿Está insinuando que yo maté a Talbot? —Ralph sonrió duramente—. Estuve todo el tiempo junto a Ivy Morgan. Ella es mi mejor testigo y coartada.

—Ella podría mentir, si entre ustedes hay algo más que amistad.

—¿Por qué no habla claro, Hammerstein?

—Ustedes podrían ser amantes. O algo peor: cómplices.

—Ya basta, Elmer —fue sorprendentemente su propia esposa la que le frenó con aspereza, aferrándole un brazo. Miró a Ralph casi con suavidad en sus ojos, y le sonrió, volviendo a pasar lentamente la lengua sobre sus labios—. Perdóneme a mi marido, Daniels. Está nervioso y malhumorado. Y luego eso de Talbot..., nos ha trastornado a todos un poco.

—No tienes que disculpar a Elmer, Dyan —intervino el almirante con acritud—. Después de todo, Daniels pudo ser perfectamente el asesino de Talbot.

—Y usted también, almirante —dijo Ralph con repentina energía.

—¿Yo? —El almirante le miró, escandalizado—. ¿Cómo osa decir algo así a un honorable miembro de la Armada de los Estados Unidos? Además, estuve todo el tiempo con mis primos...

—*Todo* el tiempo, no, querido Gary —rectificó con ironía Dyan, que repentinamente parecía haberse puesto del lado de Ralph Daniels, tal vez coaccionada por la oferta de un cráneo de diamantes por parte del joven—. Recuerda que nos separamos en la playa, justo poco antes de sonar los disparos, y tú apareciste poco después, con aire asustado, diciendo que habías oído en las rocas un grito de agonía, y que había más de una persona deambulando por aquí...

—Dyan, ¿cómo puedes decir tal cosa? —se lamentó Gary Hammerstein—. Yo no sería capaz de matar una mosca...

Además, según eso, tú y Elmer pudisteis hacerlo, y mantener un pacto de silencio entre ambos por simple conveniencia...

—Vaya, veo que todo el mundo sospecha de los demás —rió Daniels con buen humor. Llamó ahora con voz clara—: ¡Puede salir, Ivy! Aunque estamos rodeados de víboras humanas, ninguna parece momentáneamente peligrosa.

Ivy Morgan salió de detrás de las negras piedras, con expresión insegura. Miró a los Hammerstein fríamente, con tan clara hostilidad como ellos a ella. Especialmente cuando los ojos de Dyan y de ella coincidieron, fue como si dos aceros echaran chispas al cruzarse.

—¿Quién fue agredido realmente, Ralph? —preguntó ella, acercándose hasta su joven camarada.

—Neil Talbot. Le mataron.

—Cielos... —Tembló de pies a cabeza la muchacha—. ¿Y el asesino...?

—Podría ser cualquiera. Presente..., o ausente —rió con sarcasmo Ralph, mirando a los tres Hammerstein. Luego tomó por una mano a la muchacha—. Creo que ya nada tenemos que hacer en esta isla..., donde quizá aún se oculte una persona armada, dispuesta a todo.

—Pero ¿y el mensaje? —gimió Elmer Hammerstein—. ¿Lo encontró también, Daniels?

—Lo encontré, sí —afirmó éste con énfasis.

—Dios mío... —El almirante le contempló, ensombrecido—. Y

supongo que no va a decirnos nada sobre su contenido, claro. Así, sólo usted podrá llegar hasta el segundo cráneo, y así sucesivamente hasta el séptimo.

—Si es que vivo para tanto —rió Daniels. Luego se quedó mirando a los presentes—. Escúchenme todos. Voy a serles sincero. Podría hacer eso que usted ha dicho, e intentar conseguir yo sólo esa victoria. Pero creo que ni sería deportivo, ni coincidiría con el espíritu de esta extraña herencia.

—¿Qué importa lo deportivo ni el espíritu, si usted tiene en sus manos los diamantes..., y la clave para ser inmensamente rico? —objetó Dyan Hammerstein, sonriéndole con una cierta tentación lasciva que escapaba de sus carnosos labios y de las palpitaciones de sus espléndidos senos generosos.

Ralph Daniels la miró en silencio. Por un momento, creyó captar en la voz de ella y hasta en el brillo de sus ojos, una especie de oculto mensaje que no deseaba fuese captado por nadie, en especial por su esposo Eimer. Era una insinuación que hablaba de complicidad secreta, de conexión clandestina entre ambos, tal vez para la fortuna que estaba en juego..., a cambio de lo que fuese.

No se mostró duro ni hostil con ella. Dyan Hammerstein era una mujer tan hermosa como temible. Podía ser un enemigo peligroso..., o un aliado útil y generoso, llegado el caso. Era mejor no crearse aún su enemistad abiertamente.

—Tiene razón, señora Hammerstein —aprobó—. Es mucho el dinero en juego. Pero su suegro quiso que esto fuese como una gran competencia entre parientes y amigos. Voy a tratar de que ello siga siendo igual. Pero sólo a cambio de que todos, con su firma, se comprometan por escrito a que, caso de llegar antes al siguiente cráneo, no mantengan oculto ante los demás el mensaje correspondiente, dando así a todos una posibilidad de seguir luchando leal y abiertamente.

—Es una idea generosa por su parte —gruñó el almirante—. Y muy conveniente para todos. Así, nadie gana ni pierde.

—No es mala idea. Pero ¿cómo establecer contacto con los demás? —sugirió Elmer.

—Nos reuniremos dentro de tres fechas en Miami. En el hotel Florida Palace. Allí firmaremos todos ese documento, y a cambio de él, les informaré del texto hallado en esta isla. Mientras, no pienso

moverme para encontrar el segundo cráneo y el tercer mensaje. Se trata de que todos juguemos limpio.

—De acuerdo. Llamaré a los demás —afirmó Elmer—. Falta uno, por supuesto...

—Sí, por supuesto. Seremos ocho. La lista se reduce.

—Y la cantidad a cobrar cada uno, aumenta —apuntó Ivy, recelosa.

Todos asintieron en silencio. Cuando emprendieron el camino de la playa, había honda preocupación en sus rostros. Ralph sugirió llevar el cadáver de Talbot a su yate y emitir un mensaje por radio a los guardacostas de los Cayos para la investigación oficial del suceso. Nadie objetó cosa alguna.

Cuando subieron a la canoa que había de llevarles a bordo, quizá casualmente, Dyan Hammerstein le rozó con sus pechos duros y grandes. Ralph miró, encontrándose con los ojos de ella, entornados y maliciosos. Creyó captar un rápido guiño en ellos.

Pero todo fue tan rápido y Elmer estaba tan próximo, que no pudo estar seguro de nada.

CAPÍTULO V

El documento ya estaba suscrito. Las ocho firmas figuraban a su pie, aunque Ralph sabía que cualquiera de ellos podía ocultar el hallazgo del cráneo y el mensaje, llegado el momento, sin que los demás llegaran a saberlo nunca a ciencia cierta.

Abandonaron el hotel Florida Palace de Miami Beach, dispersándose en busca del lugar donde pudiera hallarse el segundo cráneo. Ivy pareció dudar, mirando a Ralph.

—¿Bien, a qué espera ahora? —se interesó Ralph.

—No sé. He sido compañera suya en una peripecia. Pero eso no quiere decir que usted desee tenerme a su lado. Es un detective profesional, y tiene más facilidad que nadie para interpretar charadas y misterios. Yendo a su lado, yo me beneficio más que nadie.

—¿Y qué?

—Tal vez prefiera ir solo. Yo no soy una compañera adecuada para usted.

—¿Por qué no?

—Oh, bien lo sabe: aunque joven, he sido amante de un anciano por conveniencia material solamente. No soy la clase de chica que un hombre como usted elegiría por compañera. Le criticarán, censurarán su amistad conmigo, y no le beneficiará en nada, Ralph. Es mejor que vayamos desde ahora cada uno por un lado.

—No sea tonta, Ivy. La elegí de compañera porque usted me cayó bien desde que nos conocimos casualmente en el viaje a la isla donde murió Hammerstein. Me tiene sin cuidado lo que diga la gente. Nunca me he preocupado por esas cosas. En cuanto a su vida, es asunto estrictamente suyo.

—¿De veras no seré un estorbo o un problema para usted?

—Claro que no. Será, por el contrario, una buena camarada, estoy seguro.

—En algunas cosas puedo constituir un estorbo para usted...

—¿En qué cosas, por ejemplo? —sonrió él.

—Bueno, las mujeres tenemos un sexto sentido para eso. No pude evitar advertir la forma en que le miraba esa mujer, Dyan Hammerstein. Sólo un ciego no comprendería que esa mujer se siente atraída por usted físicamente, Ralph. Y que puede hacer de ella una aliada de gran valor para usted.

—Usted no tiene nada de tonta, ¿eh? —rió Daniels entre dientes—. De todos modos, sólo por esa posibilidad, no me gustaría prescindir de su compañía, Ivy. Le aseguro que no siento pasión alguna por esa dama.

—Pero ella sí la siente por usted. Conozco a esa clase de mujeres. Puede envolverle en sus redes fácilmente. Sobre todo, si hay una sola posibilidad de que usted sea el triunfador de esta absurda carrera. Los triunfadores ricos son siempre un buen bocado para una mujer ambiciosa. Yo, hubo un tiempo en que pensé igual. De otro modo, nunca hubiera llegado a ser la amiga de Homer Hammerstein.

—Dejemos ahora todo eso. Lo importante es dar con el segundo cráneo, aunque bien es cierto que si doy con él, tendré que obsequiárselo a Dyan Hammerstein. Se lo he prometido.

—¿Lo ve? —Sonrió tristemente Ivy Morgan—. Ya le tiene cazado. Cuando usted le haga ese regalo, buscará el modo de recompensarle. Lo hará gustosa, y usted no podrá resistirse. Ningún hombre lo hace ante ciertos recursos femeninos...

—Veremos. —Ralph se encogió de hombros, sonrió, y extrajo el primer cráneo de diamante, poniéndolo en la mano de Ivy, ante la sorpresa de ella—. Tenga. Es el suyo. Lo tenía reservado como obsequio para usted. Por eso a la señora Hammerstein sólo podía regalarle el segundo...

—Ralph, es un detalle muy bonito por su parte..., pero yo no pienso corresponderle como lo haría Dyan. Puede que haya sido una cualquiera, pero con usted yo no podría...

—Ivy, no trate de decir cosas absurdas. Sólo es un regalo. Una muestra de amistad, y nada más. No espero ni deseo nada a cambio, salvo verla un poco feliz.

—Gracias —apretó suave, cariñosamente, la piedra tallada—. Lo conservaré conmigo mientras viva. A veces, resulta usted

encantador, Ralph...

Y empujándose inesperadamente sobre la punta de sus pies, alcanzó con sus labios la mejilla de él y la besó afectuosa. El la miró, sorprendido.

—Es mucho más de lo que vale ese diamante —rió con suavidad—. Gracias, Ivy. Ahora, dejemos de hablar de todo eso, y empecemos la búsqueda del tercer mensaje...

—Oí el texto cuando lo citó en la reunión. Debo confesar que no entiendo nada...

—Es algo más oscuro que el anterior... «Muerto está el que esto escribe, / muerta el agua y lo que vive; allí está la segunda clave, allí estará, si tú lo sabes». Sin embargo, tengo dos posibilidades para ese mensaje.

—¿Dos? ¿Cree que alguna de ellas puede ser válida?

—La verdad es que no lo sé. Se relaciona con el agua, por supuesto. Agua *muerta*, dice ahí. No hay muchos sitios del mundo donde encontrar agua que se relacione con la muerte. Yo sólo veo dos explicaciones.

—¿Y son...?

—El mar Muerto. O el mar de los Sargazos.

—Cielos, no se me había ocurrido.

—Puede haber un error. Pero atendiendo a eso que menciona de «muerte el agua y muerto lo que vive», yo me inclinaría por la segunda posibilidad: allí se hacían restos muertos de buques y residuos de naufragios. Las aguas están estancadas, son como una tumba de navegantes y tiene una tenebrosa leyenda de los tiempos antiguos. Si, creo que nuestro objetivo inmediato, es el mar de los Sargazos.

—Pero es un mar muy amplio, ¿no?

—Sí. Será como buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, estoy seguro de que, como la vez anterior, en algún punto del mensaje, está la clave que puede conducirnos a un área relativamente reducida, donde buscar diamante y mensaje...

Se interrumpió de repente Daniels, apretando con fuerza la mano de Ivy. Ella le miró sorprendida. Estaban parados junto al *parking* del hotel, y los ojos del joven detective se fijaban, penetrantes, en un determinado punto. Ivy buscó con su mirada ese lugar.

Se sobresaltó.

—El hombre del *jipi* color crudo y el traje *beige*... —musitó.

—El mismo. El que vimos aquella noche en el club nocturno de Manila... Y también nos estaba mirando...

—Podría ser un enemigo... Tal vez el asesino de Neil Talbot... —dijo ella.

—Tal vez —admitió gravemente Daniels. Observó que el hombre había subido con rapidez a un coche verde claro, de modelo reciente, alejándose con rapidez entre el tráfico—. Sería inútil seguirle. Nos lleva mucha ventaja. Y se ha dado cuenta de que le hemos visto... Vamos, Ivy. Olvidémonos de momento de ese hombre. Hay que arrendar un barco para viajar al Atlántico Norte cuanto antes. Pero esta vez, iremos armados..., por lo que pueda ocurrir.

Los sargazos.

Era como contemplar una superficie muerta, inimitable y fantástica, hecha de restos de barcos, algas, líquenes y iodo cuanto el mar puede ir arrumbando en torno a una inmensa y flotante balsa de residuos de siglos, movidos por corrientes submarinas y resacas del gran océano donde se extendía, constituyendo el mayor de los mares inertes conocidos.

Cierto que no era una zona totalmente sin vida, puesto que anguilas y otros peces se movían en sus aguas, bajo la superficie densa de fragmentos llegados de mil lugares distintos, como recuerdo de naufragios, pérdidas y hasta simples abandonos en alta mar, por causas diversas que, tal vez, irían desde la superstición y el terror psíquico, hasta los torpedeamientos de las dos guerras mundiales y otras anteriores, o la demencia de un capitán o patrón demasiado absorto en una idea fija y suicida.

Pero en realidad, el mar de los Sargazos no era sino lo que realmente parecía: una inmensa zona mortal, un gran cementerio marino moviéndose, silencioso, lentísimo, a través del Atlántico Norte, en pleno Triángulo de las Bermudas.

—Ya los ves —suspiró cansadamente Ralph Daniels, asomándose a la borda—. Esto constituye el mar de los Sargazos. Un lugar donde, como dice el criptograma de Homer Hammerstein, está «muerta el agua y lo que vive». Porque en realidad, si algo vive

aquí, no deja de ser la suya una vida relativa, rodeada de muerte por doquier. Eso es lo que me dio la idea inicial del sitio donde podía estar oculto el tercer cráneo.

—Pero aún no sabes si, realmente, has acertado en tu deducción... —comentó Ivy con expresión absorta, perdida su mirada en la vasta extensión verdosa y tranquila que les rodeaba, como una superficie engañosa de musgo, bajo la cual se extendía la profundidad mortífera del océano.

—No, claro que no —suspiró Ralph, contemplando aquel amasijo fantástico de restos de madera o metal recubiertos de musgo, de algas y de toda clase de sedimentos marinos, a lo largo de siglos enteros de permanencia en la misma zona inerte del mar—. No sé nada seguro, Ivy. Lo cierto es que estamos aquí ahora y que voy a pretender dar con el punto dónde Homer Hammerstein colocó el diamante. Puede ser difícil, pero no difícil de acceder a él. Recuerda que no era ningún atleta ni le sobraba la juventud. Tuvo que ser en un punto accesible a una persona con sus mismas condiciones físicas como mínimo.

—Hay algo de Homer que tal vez ignores. Pese a su avanzada edad, era un consumado submarinista. Todavía se sumergía muchas veces con equipo de hombre-rana.

—Vaya... —Ralph se sobresaltó ante el comentario. Sus ojos brillaron—. Eso no lo sabía, Ivy. Puede ser realmente importante, la verdad.

—¿Tú crees? —dudó ella.

—Casi podría jurarlo. No me explico, de otro modo, que eligiera esta región del mundo para situar un segundo cráneo de diamante. Investigaré en ese sentido, basándome en el propio texto del mensaje.

—¿El mensaje? ¿Tiene realmente algún sentido, salvo ese de «muerta el agua»?

Ralph Daniels caminó por la cubierta del pequeño yate, la mirada perdida en la inmensidad verdosa y yerta del amplio mar de los residuos marinos.

—Es posible —asintió al fin—. Dice el texto dos cosas que pueden ser decisivas en la interpretación total del mensaje, y que yo he anotado previamente.

—¿Cuáles son?

—«Muerto está el que esto escribe. Muerto lo qué vive». Y luego añade: «Allí está, si tú lo sabes».

—Pero saber ¿qué?

—Eso es. Saber... ¿qué? ¿No puede ser simplemente saber sumergirse, conocer la inmersión? Podría explicar algo al respecto.

—¿Y lo demás?

—Puede ser un complemento. Pero dejemos que lo compruebe. Sigamos navegando, Ivy. Tengo el presentimiento de que, lo que sea, se revelará por sí mismo. Si no, no tendría sentido. Homer sabía que no iba a ponerse nadie a recorrer pulgada a pulgada todo el mar de los Sargazos para encontrar algo, a menos que estuviera muy concreto, muy definido por alguna causa que sólo el ingenio de la persona capaz de interpretar el mensaje pudiese descubrir.

—Y ese algo, ¿qué puede ser?

—No lo sé. Esperemos, Ivy. Esperemos..., sin dejar de escudriñar cada detalle de la superficie de este inmenso cementerio marino.

El yate siguió moviéndose con dificultad, rodeado por sargazos densos, pegajosos, como una costra viscosa encima de la superficie azul del mar. Hasta que, horas más tarde, la voz brusca de Ralph Daniels avisó con repentina excitación:

—¡Ahí, Ivy! ¡Ahí! ¡Eso puede ser! ¡Detengamos las máquinas del yate!

Esta vez viajaban absolutamente solos. Ivy Morgan corrió a las máquinas. Las frenó con energía. La quilla del yate se detuvo en su constante disección del enorme cadáver flotante que era aquel mar circundante, yerto y desolador.

Los ojos de Ralph estaban fijos en algo. Ese algo era una cruz, emergiendo de los residuos marinos, junto al maderamen astillado y musgoso de un viejo navío. Una cruz también de vieja madera recubierta de verdes líquenes, oscilante e insegura entre un montículo de fragmentos adheridos entre sí por la pátina inexorable del abandono marino.

—Una cruz... —jadeó Daniels—. Una alusión a la muerte..., surgiendo del mar de los trozos del pasado. Acércate un poco. Veamos su inscripción, Ivy...

El yate, en su parte final de lento recorrido, a máquina parada, terminó por detenerse en las proximidades de la sorprendente cruz que emergía de los Sargazos. Daniels usó unos potentes prismáticos.

Pudo leer una vieja leyenda, inscrita en la madera de la cruz olvidada:

«Los marinos del *Mary Ann*. 1889. Un superviviente que volvió para recordar el lugar del trágico fin. Tal vez cuando esto se lea, muerto estará el que esto escribió».

—*¡Muerto estará el que esto escribe!* —gritó con excitación evidente Ivy Morgan, al oír en labios de su compañero la lectura de ese epitafio—. ¡Coincide, Ralph!

—Lo sé —él tenía la expresión tensa, los labios apretados, sus ojos brillantes—. ¡Creo que hemos dado con ello, Ivy! Siempre imaginé algo parecido. Hammerstein lo hizo difícil, pero no demasiado... Pronto, mi equipo de inmersión.

—¿Vas a bajar? —Se inquietó ella.

—Es absolutamente necesario —afirmó él—. Ahora no podemos renunciar ya. Tengo que bajar ahí, ver lo que se oculta en esas profundidades marinas...

—Pero es peligroso, bajo la superficie de los Sargazos.

—Claro que lo es. Sin embargo, debo hacerlo. Todo irá bien, Ivy. Estoy seguro de eso.

En pocos momentos, Ivy le tuvo preparado el equipo de inmersión. Se lanzó al fondo del agua, entre las espesas masas de residuos flotantes, logrando profundizar con rapidez, hacía zonas más oscuras del océano. La luz difusa del exterior, quedó arriba, sobre su cabeza, hasta ser solamente un débil, fantasmal reflejo azulado.

Las numerosas anguilas que anidaban en los Sargazos, se dispersaron en torno suyo, como míticas serpientes de mar, asustadas por la presencia del insólito ser humano que penetraba en sus dominios.

Ralph Daniels, metido en los azules y recónditos parajes donde la aventura le conducía irremisiblemente, casi sintió sobre su cabeza la enorme caparazón que formaban los Sargazos sobre su persona y todas las demás criaturas del mar. Pero al mismo tiempo, su rara intuición para ciertas cosas pareció avisarle de que otros peligros, no totalmente marinos, podían acecharle en cualquier momento.

Sus ojos, tras la máscara de inmersión, escudriñaban cada rincón

del universo azul que le envolvía. Salvo los peces huidizos, no descubrió nada más. Pero la sensación de peligro, persistió.

Y, de repente, oyó a sus espaldas el sordo zumbido.

Se volvió con rapidez, virando su cuerpo ágilmente en las aguas. Pese a ello, no pudo evitar el impacto en su hombro. Una afilada y profunda pieza de metal puntiagudo, se incrustó en su goma azul oscura y en su carne, perforando ambas cosas. Burbujas y sangre se mezclaron en el agua, formando una densa nube viscosa, que se elevó con rapidez.

Daniels notó un intenso dolor, naciendo en su hombro y extendiéndose rápidamente a todo su cuerpo como un trallazo eléctrico terriblemente lacerante. Exhaló un grito ronco y se agitó, dando tumbos en la profundidad marina. Más sangre, en forma de borbotones espesos y humeantes, se extendieron a su alrededor, brotando de la perforación en la goma de su traje.

De un modo borroso, distinguió la silueta huidiza de un submarinista que se alejaba de él tras el ataque, y se dirigía en línea recta hacia un cable tenso que, entre musgos, moluscos y rocas cubiertas de verdor, se hundía en las profundidades, como una prolongación de la extraña cruz de madera vista en la superficie.

Ralph Daniels sintió repentinos deseos de olvidarse de todo, de abandonarse a su propia inercia, dejándose vencer por una somnolencia que, cuando menos, mitigaba el intenso dolor de su hombro. Luchó desesperadamente con su torpeza y su perezosa rendición, tratando de buscar aire en forma desesperada, pese a que cada inhalación del oxígeno almacenado en los depósitos de su espalda, le hacían sentirse peor y más débil, puesto que provocaba unos alfilerazos de profundo dolor en su parte herida.

Seguía clavado el arpón en su hombro, como recuerdo del ataque alevoso y criminal del desconocido submarinista que ahora era sólo una negra y lejana sombra, sumergiéndose camino del final de aquel cable vertical, al fondo de las aguas azules y cada vez más profundas.

El no contaba con ayuda de nadie. No sabía qué hacer ni cómo hacerlo para salir de tan desesperada situación y evitar que el agresor culminase su tarea, mientras él se dejaba vencer por un temible y mortífero sopor. Arriba, ignorante de todo, Ivy Morgan no podía hacer nada en su favor. Sólo dependía de él mismo. Y lo

único que no había llevado consigo, eran armas submarinas, capaces de defender su vida en las profundidades.

Daniels, rápidamente, trató de reaccionar del mejor modo posible. Tenía que evitar que ocurriese lo peor. Y lo peor estaba a punto de ocurrir. Lo peor podía sucederle en cuanto se dejase vencer por la tentación de no luchar. Por el cansancio, la fatiga y el deseo de un reposo engañoso y mortífero.

Se irguió en las aguas, subiendo con celeridad hacia la superficie, forcejeando con el arpón, para arrancárselo de su hombro sangrante. Cuando lo logró, notó un tirón desgarrador en la carne y en la goma, en medio de densas burbujas, hacia lo alto.

El arpón quedó en su mano, como única arma. El hombro sangraba, y el agua salada lo hacía arder dolorosamente. Apretó los labios bajo la máscara de inmersión, y se lanzó hacia abajo, como un proyectil, dispuesto a morir matando, con la idea fija de no perecer sin llevarse antes por delante a su misterioso adversario del traje de goma negro.

El agua hirvió alrededor suyo, hendida por su cuerpo que descendía y descendía, turbulento, vertiginoso, inexorable. En su mano, el arpón era como una saeta a punto de ser lanzada contra el adversario sin piedad alguna.

Ganó yardas y yardas de profundidad, cada vez más cerca del cable vertical y del cuerpo borroso del negro agresor. Su goma brillaba como charol, en el azul profundo de las aguas.

Su enemigo notó la llegada de Ralph. Le vio girar rápidamente la cabeza envuelta en goma negra. Unos ojos destellaron tras el vidrio de las gafas submarinas, aunque él apenas si pudo advertirlo. Luego, la figura se elevó, abandonando su idea inicial, para enfrentarse a él.

Ralph le esperó, girando en torno a la vertical del cable, con el arpón en su mano. Apenas se aproximó el enemigo, hizo una maniobra imprevisible, aun a costa de sufrir otro violento tirón doloroso en su hombro, y el arpón se adelantó, rápido, sin soltarlo de sus dedos.

Logró clavarlo en la goma, y la desgarró brutalmente. No brotó sangre, pero todo el torso y medio hombro quedaron rotos. Al mismo tiempo, debió rozar seriamente el tubo de contacto con los depósitos de oxígeno a su espalda, porque el submarinista asesino

empezó a vomitar burbujas por el tubo, y dio una cabriola, eludiendo el impacto de otro golpe de arpón lanzado por la firme mano de Daniels.

Evidentemente, el impacto en el tubo era decisivo. Perdía demasiado aire, y tenía dificultades respiratorias. El agua asomó a los vidrios de sus gafas, salpicándolas por dentro. Era evidente la penetración del líquido elemento.

Eso decantó la lucha de modo decisivo. El enemigo se alejó con celeridad. Sus aletas de negra goma accionaban con frenesí, y el cuerpo oscuro se distanció, sin que el herido Ralph pudiese darle alcance, dada su herida y su debilidad creciente.

Aferrándose la herida con una mano, sin soltar el arpón, se precipitó como una centella, mar adentro, hasta llegar al final de aquel cable que, después de todo, como él imaginara previamente, no era sino un ánfora hundida en el fondo de los Sargazos, verticalmente a la cruz de madera de la superficie.

Allí tenía que estar, se dijo. Y con sus últimas fuerzas, alcanzó una bolsa de material plástico. De ella extrajo otra bolsa, tras rasgar la primitiva, y a su transparencia observó en su interior la existencia de dos cosas: un diamante y un papel enrollado dentro de un tubo de plástico.

Se elevó con rapidez, llevándose todo ello consigo. Cuando alcanzó la superficie, y soltó la máscara de su rostro, junto al casco del pequeño yate, Ivy le lanzó una escala de cuerda, con rostro angustiado.

—¡Estás sangrando! —gritó—. ¡El agua se tiñe de sangre a tu alrededor!

—Lo sé... —jadeó Ralph—. Maldito hombro... Me duele endiabladamente. Pero lo conseguí, Ivy. Lo conseguí, pese a todo... Esta vez, el asesino anduvo cerca. A menos que haya más de un asesino, que todo pudiera ser. No es ningún tonto. Siempre anda pisándonos los talones...

Subió a bordo, dejándose caer pesadamente en la cubierta. Angustiado su gesto, Ivy descubrió el sangrante desgarró de su hombro. Estaba muy pálida. Y, ciertamente, no parecía en absoluto haber descendido al fondo del mar tras él, pensó Ralph. Su cabello estaba tan seco como su piel. Ya no se fiaba de nadie.

—¿Y qué hacemos ahora, Ralph? —se lamentó ella—. Podemos

tardar semanas en dar con un médico adecuado...

—No podemos esperar tanto. Tú serás mi médico —jadeó él.

—¿Yo?

—No es difícil. Creo que no es nada grave, aunque sangre mucho. Trae el botiquín. Tenemos coaguladores, desinfectantes y apósitos. De momento, resultará bien. Luego, leeremos el mensaje, la clave para el tercer cráneo...

Ralph tuvo razón. Sólo dos horas más tarde, en el comedor y saloncito del yate, mientras navegaban por el mar de los Sargazos, se sentaban ambos ante dos tazas de café caliente, y el rostro de Ralph revelaba mucho menos dolor que antes, mientras su hombro desnudo aparecía fuertemente vendado.

—Ahora, el mensaje —dijo Daniels casi jovialmente, al apurar el café—. Veamos qué nueva idea diabólica se le ocurrió a nuestro inefable benefactor...

Extrajo la bolsa de plástico y la abrió sobre la mesa. Rodó por ella un diamante tallado en forma de cráneo humano. A su lado, el tubo plástico con el papelito verde, brilló bajo la luz que penetraba por los ojos de buey de la embarcación.

Una vez abierto, Ralph leyó en voz alta:

«Vuelven negros, vuelve el sol. Arena y fuego, luz y calor. Con estas claves y un guerrero ha de brillar tu imaginación».

Aquello les dejó perplejos. Las cosas parecían hacerse cada vez más difíciles, en vez de facilitarse. Era como un constante desafío a su agudeza mental y a su instinto.

—Bien, ¿y ahora, qué, Ralph? —musitó Ivy.

—La verdad, no lo sé... todavía —confesó él, absorto.

—¿Puedo ayudarles en algo, amigos míos? —preguntó la voz, desde la puerta del camarote.

Ambos se irguieron, sobresaltados. Es lo único que pudieron hacer ante la amenaza del revólver que empuñaba el enmascarado de la puerta.

CAPÍTULO VI

Era una figura imposible de identificar. Vestía una especie de negra malla, bajo un impermeable marinero también negro y charolado. La cabeza se envolvía en una caperuza de igual color, con máscara hasta el borde del labio superior. La identificación era virtualmente imposible.

La mano que empuñaba el revólver estaba enguantada de negro. No vacilaba lo más mínimo. Aquel puso, pensó Daniels, no temblaría a la hora de apretar el gatillo.

—¿Quién es usted? —preguntó ásperamente Ralph.

—Si se lo fuera a decir, no iría encapuchado, esté seguro de ello —rió el desconocido con tono agrio, expresándose en una voz áspera, oscura y sin duda alguna disfrazada para evitar que fuese reconocida—. Deme ese mensaje. Y el diamante también, Daniels. Hice un largo viaje para esto.

—¿Nos siguió? —preguntó Ralph secamente.

—Algo mejor que eso. Les acompaño.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que viajé con ustedes a bordo. En la bodega del yate, y sin usar sus víveres, para no despertar sospechas —la voz era sarcástica, agresiva incluso—. No soy tonto, amigos. Sabía que ustedes me llevarían hasta el segundo cráneo y el tercer mensaje.

—Mensaje que, sin duda, no pensará compartir con los demás.

—Ciertamente, no.

—Pero si es uno de nosotros, perdió su tiempo. Todos iban a conocer su contenido, así se estipuló en el compromiso firmado en Miami.

—¿Y si mi idea fuese eliminar ahora a ustedes dos, y ser el único enterado del mensaje? —Los ojos les miraron aviesamente por las angostas rendijas de la negra máscara—. ¿No han pensado en ello?

—Estoy pensándolo ahora. ¿Lo va a hacer, realmente?

—No me dejan otra solución, o los demás se enterarían. Sé lo que significa esa alusión al guerrero. Cualquiera lo sabe, habiendo conocido a Homer Hammerstein un poco. No puedo dejarles con vida, muchachos. Lo siento.

—¿Nos matará ahora mismo?

—Sin remedio. Yo conduciré el yate a tierra firme. Pero sin ustedes dos.

—¿Es usted el submarinista que me hirió allá abajo?

—No —negó el enmascarado. Y parecía sincero. Tal vez porque no tuviera motivos para mentir—. Sin duda hay alguien más que anda cerca de la pista... Pero no soy yo. Ya me ocuparé de él a su debido tiempo, Daniels. Le vengaré, no lo dude.

—Triste consuelo, si estoy muerto para entonces —suspiró Ralph.

—Lo lamento. No me queda otra salida. Hay demasiado dinero en juego. Es lo malo de ésta ciase de partidas. Uno eliminaría a quien fuese por ganarlas. No les haré demasiado daño, palabra. No soy cruel...

El revólver les encañonó. Ivy miró con ojos de profundo horror aquel negro agujero que iba a vomitar, implacable, la muerte contra ellos dos...

Y lo malo es que él tampoco podía hacer nada para salvarse de la amenaza mortal..., ni tan siquiera para salvar a Ivy.

La metralleta crepitó de repente allá afuera.

—¡Al suelo! —aulló Ralph, a la desesperada, cuando empezó a oír el tableteo del arma, tirando con violencia de Ivy bajo la mesa.

Apenas cayeron ellos dos, el cuerpo oscuro del umbral se agitó, en una especie de extraña danza macabra, al tiempo que por diversos agujeros abiertos en su piel y en su negra indumentaria, la sangre comenzaba a enrojecer el tejido y correr con un rojo brillante por encima del impermeable marinerio.

Tiró su revólver el desconocido, y se encogió, mientras el arma, sin cesar en su tableteo siniestro, llenaba de orificios todo el camarote, destrozando objetos y piezas de vajilla, así como vidrios y cuanto hallaba a su paso.

Cuando cesó ese crepitar espantoso, el enmascarado yacía sin vida en el suelo, y Ralph, alargando los dedos, había tomado del suelo el revólver que la mano del enemigo soltara al sentirse herido

de muerte.

Pero fuera, el arma tableteante dejó de rugir, siendo sustituida por el ronroneo del motor de un vehículo. Daniels no tardó en identificar ese sonido ronco:

—¡Un helicóptero! —masculló—. ¡Alguien se va en él!

Saltó de debajo de la mesa, un poco a todo riesgo, y corrió hacia la puerta del camarote. Antes de salir a cubierta, hubo de arrojar-se velozmente al suelo de nuevo, renunciando a tal idea. Las balas maullaron, al lamer los quicios de la entrada, no se sabía si en un intento de matarle o en un aviso de que no intentase locuras en aquel momento.

—¡Quieta, Ivy! —Silabeó Daniels roncamente, pegado al suelo—. Pudo habernos matado a ambos, y no lo hizo. Sea quien fuere, nos ha salvado la vida, pero no quiere juegos, o dejará de ser nuestro ángel guardián. Es mejor esperar a que se aleje...

Cuando el helicóptero estuvo lo bastante lejos, ambos salieron precavidamente del camarote. Vieron en la distancia, sobre el mar de los Sargazos, un helicóptero azul y amarillo, alejándose en la neblina marina, hasta perderse de modo definitivo.

—Vaya, ahí va nuestro salvador... —Silabeó Ralph, ceñudo—. Y, como un auténtico ángel, también tiene alas...

—Pero entonces... ¿quién es el ametrallador, quién el enmascarado... y quién el que te atacó en el fondo del mar? —se desconcertó Ivy, contemplando al muerto, cuya sangre formaba un charco bajo su enigmática figura, cruzada en el umbral de la puerta.

—Una de esas interrogante, la vamos a saber en seguida. Las otras, no resultan tan fáciles. Lo cierto es que el de las profundidades marinas quería matarme y quedarse con el mensaje y el cráneo de diamante. Éste, también. Y el tercer personaje, se limitó a eliminar a nuestro enemigo, perdonándonos la vida a nosotros. De los tres, es el que menos inquieta, pero el que más me preocupa...

Se aproximó al caído y le arrancó la máscara sin una sola vacilación. Ivy lanzó una exclamación de asombro y horror.

—¡Dios mío! —gritó, llevándose una mano a la boca—. Es Roscoe Morris, el que fue secretario de Homer...

—Exacto. El fíe Roscoe Morris..., un asesino —asintió Ralph, sombrío—. Pero ¿quiénes son el submarinista y el que nos ha

salvado la vida, huyendo en ese helicóptero?

—Roscoe Morris y Neil Talbot, muertos. Un submarinista criminal que huye, pero que sabía *dónele* estaba el tercer mensaje. Y, finalmente, un misterioso protector que eliminó a Roscoe, convertido en criminal sin escrúpulos...

—Exacto. Roscoe pudo matar a Neil en *Dry Tortugas*, pero ¿quién mató a Roscoe para protegernos a nosotros dos, y quién intentó asesinarme en el fondo del mar? Todo esto es un verdadero disparate sin sentido —terminó Ralph Daniels con un resoplido, mirando fijamente al matrimonio Hammerstein, al almirante, a Stella Graves y a Jason Bellamy, el primo del difunto, únicos supervivientes con ellos mismos, en la lista de herederos de la inmensa fortuna oculta en algún lugar del planeta.

Un profundo silencio siguió en aquella sala donde ahora se reunían todos en Nueva York, donde en tiempos existiera la gran central de las industrias Hammerstein dedicadas al negocio textil en toda la costa Atlántica.

—Que me ahorquen si lo sé —gruñó Bellamy amargamente—. No es posible que seamos los herederos los culpables de todo. Roscoe podía ser un criminal, pero Talbot fue una víctima. Y nada sabemos sobre el hombre del fondo del mar. Pudo ser Randsome Baxter, el gran rival de mi primo Homer. O Clinton Maddox, el que fue su socio.

—Lamento eliminar un sospechoso tan ideal —rió con aspereza Gary Hammerstein, embutido en su uniforme de almirante de la *Navy*—. Clinton Maddox *ha muerto*.

—¿Qué? —se asombró Bellamy.

—Lo que he dicho —sentenció el marino—. Clinton Maddox fue asesinado misteriosamente hace un año. Se supone que fue obra del Sindicato del Crimen, porque tenía relaciones algo oscuras con la Mafia. Pero no se dijo nada en concreto. Los medios de comunicación dieron muy escaso relieve a la noticia. Mucha gente, como vosotros, como yo mismo, llegaron a ignorarla. Pero el otro día, investigando al respecto, me fue confirmado por varias fuentes. Maddox lleva un año muerto, en algún lugar de Europa, eso es todo lo que sé.

—También tenemos a Irving Leyland —les recordó Elmer

Hammerstein roncamente.

—Irving *no* es un heredero. Sólo viudo de Cheryl, la difunta hija de Homer —rechazó Stella Graves con aire escéptico—. Además, no deberías hablar de él así, Elmer. Fue el marido de tu única hermana.

—Y por culpa suya, ella se mató —replicó acremente Elmer—. No me gusta Irving.

Nunca me gustó.

—Está bien, dejemos ahora los pleitos familiares —cortó con cierta dureza Gary—. Estamos buscando a un asesino, no a un pariente desagradable.

—También a un protector —les recordó Dyan, sarcástica—. Cuando menos, un buen protector de Ralph Daniels y de Ivy Morgan, a lo que se ve...

—No me gustan esa clase de protectores —objetó Ralph con tono casi violento—. No veo claros sus motivos para hacer lo que hizo. Y lo que no está claro, no puede ser positivo a la larga. Tal vez a ese supuesto «protector», le interese protegernos por el momento..., y luego resulte el peor de todos. Me gustaría más saber que no existen uno ni otro: ni asesino ni guardián. Pero sabemos que cualquiera de nosotros puede ser un asesino. Lo fue Roscoe. O intentó serlo. Si él mató a Talbot, es que lo era. Si lo hizo el del fondo del mar o mí «protector» —recargó con ironía ese término—, también es un criminal, le mueva la intención que le mueva. El hecho mismo de matar a Roscoe, aunque fuese beneficioso para nosotros, no dejó de ser un homicidio a sangre fría.

—En resumen, nos encontramos aquí con demasiados asesinos —apuntó sordamente Dyan.

—Sí. —Ralph la miró con expresión ceñuda—. Demasiados, ésa es la palabra, Dyan. Esto es tuyo.

Acercóse a ella. Sus dedos depositaron en la palma de la mano de la joven y rubia dama, la centelleante gema tallada como una calavera. Fue como si un reflejo irisado y cegador se quebrara en su piel. Ella dilató sus pupilas admiradas. Elmer apretó los labios, como envidioso o celoso del obsequio que recibía su mujer.

Oh, Ralph, ¿cómo agradecerle esto? —susurró, emocionado su tono, mientras sus ojos parecían reflejar los mil y un destellos irisados que la luz producía en la piedra facetada en forma de

calavera—. Es realmente una maravilla, un recuerdo imborrable para una mujer...

Se aproximó al joven y alzóse, aplastando sus labios carnosos contra los de él. Ralph notó que los menudos dientes de la joven esposa mordían su labio inferior, y la lengua de ella horadaba su cavidad bucal, enroscándose en la suya propia. Fue un contacto excitante y vibrante, que duró apenas un par de segundos.

—Bueno, ya basta —cortó el marido, irritado, aunque no podía darse cuenta de la intensidad erótica de aquel contacto bucal en toda su dimensión—. Creo que, como gratitud, es suficiente, Dyan.

—Elmer, querido, comprende el alto valor material de esta joya, aparte el que posee como obsequio simplemente considerado —protestó ella, guiñando rápida un ojo a Ralph, sin que pudiera verlo Elmer Hammerstein.

Tampoco Ivy Morgan, presente en la escena, parecía particularmente feliz. Ella sí se había dado exacta cuenta del alcance sensual de aquel beso aparentemente fugaz. Arrugó el ceño, mirando colérica a la que parecía considerar su rival.

—Era una promesa —sonrió Daniels, notando todavía en su boca el contacto de la lengua femenina, y en sus labios el aroma y sabor de aquellos otros labios gordezuelos y voluptuosos—. Ahora, caballeros, lo importante es dar con el tercer cráneo de diamante.

—Va nos lo ha leído usted, Ralph —habló con acritud el almirante Hammerstein—. Pero no vemos nada claro, por el momento al menos.

«Vuelven negros,
vuelve el sol.
Arena y fuego,
luz y calor.
Con estas claves y un guerrero,
ha de brillar tu imaginación».

Confuso, ¿no? Podría haber mil sitios diferentes donde buscar...

—Pero siempre un sirio con sol, calor... y negros —sonrió Ralph—. Eso reduce un poco las posibilidades, ¿no creen?

—No demasiado. El mundo está lleno de negros y de sol —dijo despectivamente Stella Graves, la exesposa de Homer Hammerstein.

—Sobre todo Africa —corroboró Jason Bellamy, el primo del

difunto.

—Eso es —apuntó, rápido, Daniels—. *Africa*. Usted lo ha dicho, Bellamy. Ha de ser Africa.

—Africa es inmensa —protestó Elmer con gesto contrariado—. ¿Qué sitio buscamos?

—Uno que tenga arena, luz y calor. Lo dice muy claro.

—Casi toda Africa tiene esos elementos, Daniels —gruñó el almirante.

—*Casi*. Pero no toda. Aún reducimos más el terreno. ¿Desiertos calurosos, con negros? No pueden ser ciertas regiones, porque allí no son *negros*, sino árabes los que residen. Por tanto, hemos de irnos del Norte de Africa, virtualmente por países árabes. En el centro hay desiertos, pero pocos.

—Creo que ya veo su idea —saltó vivamente Stella Graves—. ¡Sudáfrica!

—Tiene el máximo de posibilidades: Sudáfrica, Rhodesia, algún lugar así. Tal vez Kenia, acaso Mozambique, Angola, Uganda...

—En suma: todo un mundo —declaró Dyan Hammerstein, decepcionada, contemplando sin parar su diamante.

—No tanto —sonrió Ralph—. En la duda, me inclino por lo que sugirió muy atinadamente la señorita Graves: Sudáfrica. En concreto, la República Sudafricana.

—¿Por qué precisamente Sudáfrica, entre todos? —dudó Bellamy.

—Es algo que insinúa el mensaje: «Ha de brillar tu imaginación». *Brillar*. ¿Brilla el sol ardiente, la imaginación... o sugiere el brillo de los brillantes o diamantes? Si es así, ¿dónde están los mayores yacimientos de diamantes del mundo?

—Africa del Sur, evidentemente —admitió de mala gana el almirante Gary Hammerstein.

—Exacto —sonrió Daniels, paseando por la estancia—. Los mensajes son en apariencia poco claros, ambiguos. Pero si analizan cada palabra, les da una clave que añadir a las demás, igual ocurrió en los Sargazos y en la ensenada de *Dry Tortuga*. Ni una palabra es caprichosa o está puesta al azar. Supongamos que estamos en lo cierto: tenemos ya el país: Sudáfrica.

—Sudáfrica es un país bastante grande —señaló secamente Ivy Morgan.

—Sí. Pero tenemos algo concreto que buscar allí.

—¿Qué es ello?

—Lo dice el mensaje: «con estas claves y un guerrero». *El guerrero*. Ése es el lugar a localizar. Cuando lleguemos a él, encontrar el tercer diamante será cosa sencilla, estoy seguro.

—Sí, pero entre tanto, ¿cómo localizarlo? No lo veo nada fácil —dijo Elmer.

—Mi consejo es emprender viaje a Sudáfrica, Y buscar ese guerrero, sea lo que fuere y esté donde esté. El autor de esos mensajes se atiene a una lógica fría y razonada. Lo difícil es interpretar el texto. Una vez hecho esto, dar con el cráneo no es tanto problema. Hasta ahora, cuando menos, ha ocurrido así. No hay motivo para que, siendo un juego, altere sus reglas caprichosamente.

—Un juego que ha costado ya varias vidas humanas —le recordó Gary Hammerstein con acritud—. No lo olvide, señor Daniels.

—No lo olvido ni un momento, almirante. Como supongo que tampoco lo olvidó su estimado pariente cuando trazó este plan grotesco. El quería que la carrera de astucia y de imaginación se convirtiera en una masacre. Conocía bien a sus herederos. Lo que me pregunto es qué esperaba conseguir con ello. Tal vez el día que encuentre respuesta a tal interrogante, muchas cosas oscuras terminen por aclararse.

—A mí, todo esto sigue pareciéndome una siniestra locura —se quejó Ivy Morgan con tono de disgusto.

—Es que lo es, querida amiga —admitió Ralph con aire sombrío—. Pero hemos aceptado sus reglas y estamos jugando la partida que él quería. No podemos culpar a nadie de los riesgos que corramos ni de lo locos y estúpidos que podamos ser al correr en pos de la fortuna como desquiciados. Tantos millones, forman un cebo demasiado apetecible para que persona alguna renuncie olímpicamente a él. ¿Alguien desea renunciar al viaje a Sudáfrica?

Un silencio sepulcral siguió a su pregunta. Daniels enarcó las cejas. Luego, sonrió con sarcasmo.

—Lo sabía —dijo con firmeza. Fue al teléfono y lo descolgó, pidiendo con tono firme—: Por favor, con la oficina de viajes Acné. Sí, habla Daniels. Deseo reservar siete plazas para Johannesburgo, por favor...

Y al mismo tiempo, sus ojos se clavaron en la ventana.

Abajo, en la calle, el hombre del *jipi* color crudo y el traje *beige*, aceleró su paso, tras bajar los prismáticos que había tenido asestados sobre la ventana, leyendo sin duda en los labios de Ralph sus palabras recién pronunciadas.

—¡Un momento, llamaré después! —dijo bruscamente, colgando el teléfono.

Y se lanzó a la carrera fuera de la estancia, devorando las escaleras hacia la planta baja de aquel edificio del centro de la ciudad.

Esta vez, estaba dispuesto a dar caza al misterioso personaje del *jipi* color crudo, que parecía seguirles a todas partes desde que el testamento de Homer Hammerstein II fuera leído ante sus herederos.

CAPÍTULO VII

No era tarea sencilla.

El hombre del *jipi* podía ser sordo, pero no era en absoluto inválido. Cuando Ralph Daniels pisó la calle, ya subía a un coche situado en una esquina, partiendo con celeridad para confundirse entre el tráfico de la gran urbe.

Sólo que esta vez, Ralph no estaba dispuesto a ser burlado una vez más por el misterioso espía. Saltó a un taxi, sin perder un momento, señaló hacia la esquina donde el coche del hombre, de color verde oscuro, iniciaba la maniobra de virar, y avisó al taxista:

—¡Cien dólares si me alcanza a ese coche, sea como fuere!

El taxista pegó un respingo, le miró por el retrovisor como si estuviera loco, y afirmó, al ver el billete entre los dedos de Ralph.

—Cuenta con ello, señor, aunque tenga que volar como esos coches de James Bond —declaró, metiendo el pie en el acelerador con una sencillez escalofriante.

El taxi era un coche de moderno modelo y motor potente. Se precipitó como una centella tras el coche del hombre del *jipi*, evitando por milagro el impacto con dos coches que hicieron sonar sus claxons desesperadamente, y se inició la persecución por la jungla de asfalto de Nueva York.

Los semáforos eran un juego de niños para el taxista, pero aún no percibían tras ellos la ululante sirena que pudiera advertirles de la intervención de la patrulla en la carrera, cosa que sin duda animaba al taxista. Éste doblaba las esquinas como si estuviera recorriendo el circuito de Indianápolis, y el coche verde oscuro iba perdiendo ostensiblemente terreno delante de ellos. Ralph, con la mirada fija en la ventanilla trasera del coche perseguido, trataba de vislumbrar al tipo del *jipi*, pero éste debía de haberse agazapado, y no se veía rastro de él. Quien conducía, no giraba ni un momento la cabeza. Y se conocía bien las arterias urbanas. Lo suficiente para

hacer difícil la hazaña del taxista.

A pesar de ello, éste era duro de pelar. No cedía en sus propósitos, y cuando alcanzaron Riverside Drive, Ralph comprendió que el perseguido pretendía utilizar el Túnel Lincoln para dirigirse a New Jersey y tratar de eludir allí a su perseguidor inexorable.

También el taxista se dio cuenta de la maniobra, aceleró todavía más, haciendo aullar los neumáticos sobre el asfalto, y la distancia se redujo ya a menos de doce o catorce yardas. De un momento a otro, el taxi embestiría al coche perseguido, si se mantenía la velocidad actual en ambos vehículos. El taxista sonrió triunfalmente.

—Ya lo tenemos, señor —dijo.

Cantó victoria demasiado pronto. De súbito, con escalofriante rapidez y en su maniobra suicida, el coche verde giró en sentido prohibido, provocando un frenazo espeluznante en otro coche, una furgoneta comercial de reparto, y se hundió como una flecha en un pasaje lateral, entre dos altos edificios de apartamentos. El taxista juró, frenando en seco, pero sin poder evitar pasar de largo el callejón y, sin pérdida de tiempo, le pegó un giro total al coche, que provocó otro frenazo angustioso de la misma furgoneta y las imprecaciones furiosas de su conductor. El taxi, luego, se lanzó catapultado hacia el pasaje.

Al fondo vieron el coche verde, parado y con las portezuelas abiertas. El taxi llegó junto, a él, frenando en seco otra vez. Ahora, sí. En la distancia, sonaba la sirena de un patrullero. El taxista miró angustiado a su cliente.

—No hay nadie en ese coche, señor —dijo—. Se han largado de él.

Era cierto. Ni rastro de conductor ni del hombre del *jipi*. Miró Ralph los altos muros de ladrillo, con cientos de ventanas y escaleras de incendios, más la valla del mismo material que cerraba el pasaje. Sus perseguidos podían haber elegido cualquier punto de evasión sin dejar rastro.

—Y me van a multar, además... —se quejó el taxista.

—No se preocupe —suspiró Ralph—. Tome, sus cien. Se los ha ganado. Yo pagaré su multa también. —Y le puso otros cincuenta dólares en la mano, antes de retirarse, cabizbajo, dejando allí el coche vacío.

Se sentía burlado cuando regresó al edificio de Hammerstein, donde todos le esperaban, intrigados. Se limitó a insistir en su llamada a la agencia de viajes para encargar los pasajes en avión a Johannesburgo.

Sabía que, de todos modos, el maldito hombre del *jipi* color crudo, estaría allí, cerca de ellos. Tal vez en esa ocasión tuviera más suerte...

No había resultado difícil, después de todo.

Allí estaba el diamante. Allí, frente a ellos. Sólo que nadie lo veía, excepto él mismo.

Sonrió. Era la suya una sonrisa irónica, casi divertida. No había para menos. En el fondo era como burlarse un poco de los demás. De todos los que, como él mismo, tenían ante sí la solución clara y precisa del tercer enigma.

Un enigma que la charada de Hammerstein explicaba con nitidez, y que ahora se revelaba como la solución perfecta que imaginara previamente Ralph.

—¿De qué te sonríes así, Ralph? —preguntó sorprendida Ivy Morgan a su lado.

—De nada —él meneó la cabeza con aire irónico—. Pensaba en que lo más difícil es a veces lo más simple. Creo que esa táctica siguió en todo momento nuestro inefable Homer Hammerstein cuando dejó por el mundo esos mensajes confeccionados previamente para darnos las pistas adecuadas, rumbo a la solución final.

—¿Y esa solución, dónde estará, realmente? —le preguntó Ivy, como si en realidad se hubiera hecho a sí misma esa pregunta, y no aguardo respuesta alguna de él.

—Aquí —dijo suavemente Ralph.

—¿Aquí? —se sorprendió Ivy, mirándole desconcertada—. No lo entiendo... ¿Te refieres a Sudáfrica en general, a Johannesburgo en particular... o... a algo más concreto?

—A algo mucho más concreto: me refiero a *este* lugar, Ivy —sonrió serenamente Daniels—, fijando sus ojos en ella.

—No puedo comprenderte. Esto es sólo un museo... El museo dedicado al pasado de estas regiones. Y estamos ahora justamente en la sala destinada a rememorar la Guerra de los Boers, terminada

en 1902.

—Exacto —asintió Ralph, pensativo—. Aquí estamos. Y aquí está el diamante de Homer Hammerstein. El tercer diamante, para ser exactos. Y con él, supongo, el cuarto mensaje.

—¿Estás seguro, Ralph? Puedes estar en un error... —Ivy miró de soslayo a los que paseaban por las salas, contemplando trofeos, figuras nativas o de origen británico, o bien holandeses, de cuando las luchas contra las tribus sudafricanas. Allí estaba el matrimonio Hammerstein, formado por Elmer y por Dyan, el almirante Hammerstein, siempre erguido, rígido y altanero, la escurridiza y sobria Stella Graves, exesposa del difunto magnate, y el silencioso y huraño Jason Bellamy, su primo, recorriendo los diversos puntos del recinto, más por curiosidad que por interés especial o por imaginarse que allí pudiera haber nada valioso relacionado con la estrafalaria herencia del ilustre millonario fallecido.

—No estoy en un error. No sugerí visitar hoy los museos de Johannesburgo para ver simplemente recuerdos de un pasado militar y heroico de los tiempos coloniales, sino para algo más.

—¿Qué, exactamente?

—Encontrar el diamante. Y hacerlo antes que todos los demás.

—¿Por simple afán deportivo de sentirte vencedor?

—Algo más que por eso solo, Ivy. No me fío de los demás. En absoluto, pese a su documento suscrito y firmado. De ninguno de éstos me fiaría.

—¿Y de mí sí?

—Siempre hay que fiarse, cuando menos, de una persona —sonrió, acariciando suave y casi tiernamente una mejilla de la joven—. Ivy, tal vez seas tú la culpable de muchas cosas inexplicables que han ocurrido hasta ahora, como la emboscada en las profundidades, allá en el mar de los Sargazos.

—¡Ralph! —se escandalizó ella.

—Déjame terminar. Podrías ser la más falsa de todos, pero yo seguiría fiándome de ti hasta tener, cuando menos, evidencias de tu traición. ¿Y sabes por qué? Porque me gusta tener a alguien en quien poder confiar. Ese alguien eres tú.

—Yo no te miento, Ralph. Soy sincera. No te traicionaría ni por todos esos millones juntos, la totalidad de la fortuna de Hammerstein.

—Calla. No afirmes esas cosas. —Ralph rió jovialmente entre dientes—. Yo no podría ir tan lejos en mis juramentos, te lo aseguro.

—Me estás engañando con burlas. Eres de fiar. Eres noble, honesto.

—¿Lo dices porque me he traído conmigo a toda la parentela, pese a estar seguro de que hoy encontraría el cráneo de diamantes?

—Ralph Daniels se echó a reír con el mejor humor del mundo—. Cielos, no es por eso. Prefería verlos cerca, tenerlos a todos donde pueda controlarlos, para evitar que alguno me juegue una mala pasada sin dar la cara. Aquí, en este museo, ahora mismo, nadie podrá hacer nada. Y yo obtendré el diamante, junto con el mensaje.

—¿Cómo puedes estar tan convencido de lo que dices? —Ella miró en derredor, a las ropas de uniformes coloniales, atavíos bélicos de nativos y soldados extranjeros, a máscaras bantúes de guerra, lanzas, fusiles y penachos de jerarquías nativas de otros tiempos—. Yo, particularmente, no veo nada concreto donde pueda estar oculto el diamante y que, además, lo revele con claridad.

—Pues es bien sencillo —rió el joven, dando un paso adelante, hacia una vitrina del museo—. Mira, lo dice claramente el mensaje: «Arena y fuego, luz y calor. Con estas claves y un guerrero, ha de brillar tu imaginación».

—Recuerdo muy bien el texto, si a eso te refieres, Ralph. Pero para mí, sigue siendo como escrito en un idioma desconocido. Aquí no veo guerreros, pese a ser una especie de museo bélico-histórico...

—Es en sentido figurado —suspiró Ralph—. Recuerda que él añadió algo significativo:

«... ha de brillar *tu imaginación*». Eso quiere decir que has de imaginarte algo. ¿Qué? Evidentemente, un guerrero.

—¿Y...?

—Mira a tu alrededor. Hay cientos de uniformes. De soldados europeos, de militares heroicos del ejército colonial, que lucharon por entonces. También hay diversidad de máscaras y penachos de combatientes negros. De guerreros bantúes. Los guerreros, claro, no están. Están sus atavíos. Lo demás, es fácil imaginarlo: un cuerpo oscuro llevando esos aditamentos... o un rostro color de ébano llevando una máscara de guerra...

—Entonces, has de buscar entre todos esos objetos, según crees...

—No —negó Ralph—. No hace falta. Ya sé *dónde* está el diamante.

—¿Qué?

—El sitio exacto. Recuerda que, además de la palabra «imaginación», Hammerstein utilizó otra: «brillar». ¿Qué es lo que brilla?

—Diamantes, supongo. Estamos en la tierra de ellos, ¿no?

—Exacto. Es una doble clave. Apuntaba a Sudáfrica. Y a algo más, que brilla ante nosotros. ¿Qué es?

—¿Cómo puedo saberlo? —Ivy, desconcertada, miró en torno—. Sólo veo penumbras, objetos sin brillo... Nada que exprese algo en concreto, Ralph.

—Hay algo más. —Ralph lo señaló de pronto—. Mira: el sol. También figura en el mensaje: «vuelve el sol...».

—Creí que se refería al sol africano...

—Así es. Y también a *ese* rayo de sol —se veía una tira dorada de luz, deslizándose sobre los objetos allí acumulados, desde una ranura en las claraboyas del museo. Iba a caer en breve sobre la máscara temible de un guerrero bantú, colgada del muro—. He observado su trayectoria cuidadosamente. Va a terminar en la máscara. Sólo un minuto, Ivy, y tendremos la respuesta exacta...

Ivy no dijo nada. Como fascinada, clavó sus ojos en el muro, en la larga máscara africana, de un negro siniestro y facciones demoníacas, enmarcada de plumajes de vivo colorido. Sobre una imponente figura de un guerrero bantú, debía de causar verdadero horror en su tiempo.

—Ah, vosotros, ¿estáis ahí? —Sonó una voz apacible tras ellos—. ¿Tanto os interesan las máscaras negras?

Ralph miró de soslayo a Dyan Hammerstein. Asintió.

—Mucho. Sobre todo, ésa —buscó a alguien con la mirada—. ¿Dónde dejaste a Elmer?

—Por ahí. —Dyan se encogió de hombros con aire de fastidio—. No soy su niñera, Ralph. Si tuviera que escoltarte a ti, la cosa sería diferente, ¿no es verdad, guapa?

El comentario sarcástico, iba dirigido a Ivy, que se encogió de hombros con aire escéptico, como si las palabras de Dyan no

pudieran herirla.

—Yo me limito a acompañarle porque sólo me fío de Ralph —replicó fríamente—. Es como vivir rodeada de un puñado de reptiles y de arañas venenosas. Ralph es mi protector. O al menos, a mí me lo parece así, querida.

Dyan sonrió burlona. Luego, de repente, un destello hirió sus ojos y los hizo brillar. Se tapó el rostro, deslumbrada, con una mano.

—¿Qué es eso? —indagó, sin mirar a la luz.

—El tercer cráneo de diamantes, Dyan —rió Daniels, avanzando rápido hacia la máscara bantú, en uno de cuyos ojos, el rayo solar, al confluir, hacía centellear vivamente algún objeto.

—¿Qué? —balbuceó Dyan, con expresión atónita.

Ya Daniels introducía sus dedos en la larga rendija del ojo derecho de la máscara negra, y emergía del boquete empuñando dos cosas: un pequeño cráneo tallado en un bello diamante de varios kilates y sorprendente pureza. Y un rollo de papel dentro de un diminuto cilindro de plástico.

—Aquí está —dijo con tono triunfal—. Te lo dije, Ivy. Tenía que ser así.

En ese instante, un terrible alarido de mujer conmovió el museo entero. Pisadas rápidas y voces siguieron al hecho. Ralph guardó en su bolsillo el diamante y el mensaje, corriendo con rapidez hacia la vecina sala de armas. Las dos mujeres, asustada la expresión, le siguieron.

—¡Ha sido aquí al lado! —gritó Ralph—. ¡Era la voz de Stella Graves!

Desembocaron en la sala de trofeos bélicos cuando ya varias personas lo hacían, entre ellas el almirante Hammerstein, Jason Bellamy y diversos visitantes del recinto.

Stella Graves, mortalmente pálida, se mantenía rígida, erguida ante algo que yacía en las baldosas, entre una vitrina y un viejo cañón británico, cubierto de herrumbre y, sin duda, evocación de alguna heroica gesta bélica.

Ralph fue el primero en llegar junto a la exesposa de Hammerstein. La tomó por los brazos, apartándola de allí, mientras ella sollozaba trémula, ocultando el rostro contra el hombro del joven detective privado. Éste trató de confortarla con voz firme, sin

quitar sus ojos del cuerpo allí tendido.

—Vamos, vamos, señorita Graves, serénese... No mire, por favor... No mire... Ya tenemos que estar acostumbrados a horrores así...

—¿Qué es lo que sucede? —indagó Dyan, demudada, tratando de acercarse—. ¿Dónde está Elmer?

—Será mejor que no te acerques, Dyan —aconsejó sordamente Daniels—. No te gustará lo que vas a ver. Elmer está ahí, precisamente, en el suelo... Alguien... alguien le cortó casi de cuajo la cabeza con un sable del ejército británico...

Dyan lanzó un alarido horrible. Todos, petrificados, contemplaban el rostro espantoso, los ojos desorbitados del hombre casi decapitado, de cuyo cuello corría la sangre copiosamente, empezando a cuajarse en las baldosas. A su lado, un gran sable colonial británico, tinto en rojo vivo, reposaba con todo su siniestro significado.

—Ella misma pudo matarle —oyó Ralph a su lado, en la voz dura y agria del almirante Gary Hammerstein—. Estoy seguro de que fue ella... su propia esposa...

Ralph no hizo comentario alguno. Dyan, sollozando, no había oído la acusación de su pariente. El joven se dijo que, efectivamente, eso pudo haber ocurrido. Pero también pudo ser cualquier otro el asesino del museo de Johannesburgo. Cualquiera, menos ellos dos, Ivy y él, que no se habían llegado a separar en momento alguno, durante toda la visita al museo.

CAPÍTULO VIII

—¿Por qué tanto misterio esta vez, Ralph?

Daniels no dijo nada de momento, el avión privado que les trasladaba por la masa de densas nubes, en la noche, mantenía su marcha regular, con un ronroneo continuado y monocorde que invitaba al sueño.

A bordo, sólo ellos dos, el piloto y el copiloto y radiotelegrafista, en una pieza, formando la reducida expedición al cuarto y penúltimo lugar de la odisea mundial en busca de los cinco cráneos de diamante.

—Es mejor así, Ivy —dijo al fin, meditativo, consultando una serie de mapas que llevaba consigo, en el asiento de la amplia y confortable cabina del avión particular fletado por ellos dos a escondidas del resto de los parientes y herederos, una vez realizados los funerales por Elmer Hammerstein.

El cadáver de Elmer había sido conducido hasta Estados Unidos por vía aérea, y a pesar de las ceremonias fúnebres, ningún heredero superviviente, ni siquiera la pálida y abatida viuda, olvidó pedirle la lectura del cuarto mensaje de Hammerstein, el hallado en la máscara bantú de Johannesburgo.

Y la lectura había tenido lugar en el mismo avión funerario en que todos ellos escoltaban al difunto, tras el fracaso inicial de las investigaciones policiales de las autoridades sudafricanas en torno al misterioso y brutal asesinato.

La única conclusión a que llegaron los policías de Johannesburgo, fue que uno de ellos había asesinado a Elmer Hammerstein en un momento en que éste se quedó solo en la sala de armas del museo, y se probó que, dada la afilada hoja del sable militar británico utilizado para el crimen, cualquiera, incluso una mujer, hubiese podido empuñarlo y casi decapitar de un solo golpe al infortunado hijo único de Homer Hammerstein.

—Cada vez estoy más seguro de que no es ninguno de nosotros el criminal —había dicho ásperamente Jason Bellamy, tras las pesquisas, cuando ya emprendían el vuelo a Estados Unidos, y las autoridades sudafricanas solicitaban de las norteamericanas la colaboración en las pesquisas siguientes, relativas al caso, ante la imposibilidad de retener a todos los viajeros en Johannesburgo, sin una acusación concreta contra cualquiera de ellos.

—¿Quién puede ser, entonces? —dudó Gary Hammerstein, volviéndose escéptico al que hablara.

—El hombre del *jipi* —sentenció Bellamy—. Pagado, naturalmente, por Irving Leyland, el viudo de Cheryl. Ese hombre es capaz de todo con tal de acabar con los Hammerstein y obtener el dinero de Homer.

—¿Usted qué cree, como detective profesional que es? —había indagado en ese punto Stella Greves, dirigiéndose a Daniels.

—No quiero creer nada todavía, señorita —se excusó él—. Lo cierto es que cualquiera pudo matar a Elmer, a Neil Talbot... e intentar matarme a mi bajo las aguas de los Sargazos. No sólo Roscoe era un asesino entre nosotros, eso es evidente...

No había añadido más. Lo cierto es que empezaba a tener sus propias ideas respecto al asunto, pero nada estaba aún lo bastante claro para afirmar cosa alguna.

El texto había resultado ser tan enigmático como los demás:

«Muralla perdida, ante ti hallarás. Pasado y presente, allí confluirán. Mil y una almenas, quinta clave te darán».

Enigmático, claro, para los demás. El gustó siempre de acrósticos y charadas. Al mencionar ese punto, Gary Hammerstein había hecho un seco comentario:

—Es lo único que tuvieron en común Clinton Maddox y Homer en vida. Ambos adoraban los acrósticos y charadas, las adivinanzas y todas esas cosas. A veces, se retaban mutuamente a auténticos alardes, para poner a prueba el uno el ingenio del otro.

—Y Maddox fue asesinado en Europa, ¿no? —Fue la pregunta de Daniels.

—Sí, eso han dicho.

—¿Qué clase de tipo era exactamente Maddox? —Había sido en ese punto la pregunta de Ralph.

—Clinton Maddox era un enigma viviente, como su costumbre de plantear adivinanzas —suspiró el almirante con gesto ambiguo—. Fue socio de Homer, y se dijo que había hecho tanta o más fortuna que el propio Hammerstein, aunque se dudaba de su honradez. La ruptura de ambos fue imprevisible y algo oscura. Creo, personalmente, que acabaron a malas. Tal vez había engañado a Homer, no sé. Lo cierto es que no se separaron demasiado amigos, eso seguro.

Era lo que había contado Gary Hammerstein sobre su tío Homer y el misterioso socio Maddox, muerto violentamente en Europa, tal vez a manos de la Mafia.

Las cosas estaban oscuras en esa cuestión, y nadie parecía demasiado interesado en aclararla, ésa era la verdad. Por su parte, Ralph Daniels tenía más interés en resolver los problemas ocultos en la charada número cuatro que en ninguna otra cosa...

Y ahora, en aquel vuelo misterioso, casi clandestino, rumbo a alguna parte lejana, donde la imaginación del joven detective heredero había ubicado la hipotética presencia del cuarto cráneo de diamante, con su último y definitivo mensaje, todo eso pasaba por su mente, en una rápida evocación.

A su lado, Ivy Morgan, inseparable compañera suya de viaje en los diversos afanes por dar con las claves del misterio que valía millones, se limitaba a mirarle de vez en cuando con una expresión interrogante y preocupada, como si se preguntase a sí misma si estaría él, una vez más, acertado en sus cálculos. Y eso que, al parecer, Ivy empezaba a sentir una total y ciega confianza en su amigo y compañero.

El ronquido del motor persistía, como invitando al sueño. Ivy dominó un bostezo. Ralph la miró de soslayo, sonrió y tomó un termo que tenía arrinconado.

—¿Café? —preguntó.

—Sí, por favor —pidió ella—. Y sin azúcar. Este vuelo me da sopor...

—Pronto tendrás que estar muy despierta. El país adonde nos dirigimos no permite andar con los ojos cerrados. Nos harán muchas preguntas. Nos vigilarán y controlarán estrechamente,

porque para ellos podemos significar algo más que dos vulgares turistas americanos o dos herederos excéntricos.

—¿Qué pueden suponer que somos? —Se inquietó ella, tomando el vaso de café que él le tendió.

—Espías.

—¡Espías! —Casi se atragantó con su primer sorbo—. ¿Y eso significaría...?

—Terminar ejecutados ante un paredón, a pesar de todas las «convivencias pacíficas» que se han inventado últimamente nuestros gobernantes y los suyos.

—No querrás decir que vamos hacia... hacia...

—Hacia China, sí —rió Daniels con agrio humor, echándose atrás en su asiento del avión con un bostezo—. Ése es nuestro destino.

—¡China!

—Exacto. ¿Qué otra muralla, en el mundo entero, tendría pasado y presente... y más de mil y una almenas? —comentó Ralph con ironía. Luego añadió con tono preocupado—: de un momento a otro, el vuelo clandestino tiene que terminar. Debemos informar a las autoridades militares chinas de nuestra entrada en su propio espacio aéreo, o correríamos el riesgo de ser detectados y derribados sin más paliativos...

—¿Y una vez abajo...? —indagó Ivy, profundamente alarmada.

—Tenemos dos caminos: intentar por nuestros medios hallar ese diamante final... o portarnos sensatamente y decirles la verdad, dejando que el diamante se quede en China, como un detalle de buena voluntad por nuestra parte... a cambio de que nos dejen abandonar el país con el mensaje decisivo.

—Supongo que el medio más seguro de sobrevivir, será el segundo.

—Te equivocas. —Ralph Daniels soltó una suave carcajada—. No es el más seguro. Es el único...

El comandante Liang-Wu, del Ejército Popular Chino, estudió astutamente los pasaportes de ambos, sus mapas y documentos, y finalmente miró con fijeza a Ralph Daniels sentado frente a él en la oficina.

—De modo que usted espera que yo crea esa historia —dijo.

—Es la única verdadera —suspiró Ralph—. Por eso estoy aquí

ahora.

—Podría ser una estratagema inteligente. Un plan de espionaje o de algo peor.

—Sí, comandante —admitió Ralph con expresión grave—. Podría serlo, no lo niego.

Sólo que no lo es. Creo que trato de ser honesto y leal.

—Si lo es realmente, no tendrá que arrepentirse de ello —el inglés del comandante Liang-Wu era sumamente correcto—. Pero si nos engaña, todo será peor para ustedes dos.

—Lo sé. No trato de engañar a nadie. Ya ha visto los recortes de periódicos y los documentos. Somos herederos de Homer Hammerstein II, uno de los hombres más ricos del mundo. Es una historia grotesca, pero se ajusta a la verdad, la crea o no.

—Si esa historia es cierta, ustedes, los occidentales son una gente muy rara.

—No lo sabe usted bien, comandante —rió Daniels—. Puede acompañarme a la Gran Muralla. Estoy seguro de que es allí, en la almena número mil uno, a partir de Pekín, donde está el diamante tallado en forma de cráneo o calavera, con un mensaje escrito a su lado.

—Un mensaje que podría ser una clave para un asunto de espionaje internacional.

—Cierto. Sólo que no lo es.

—Tendré que someterla a nuestros códigos y expertos en mensajes cifrados, antes de darle una respuesta segura.

—Hágalo, si lo cree necesario, comandante. Estamos en sus manos. Hemos venido con esa intención. Éste es su país y son sus leyes. Nada que objetar a ello.

—Lo suponía —rió Liang-Wu—. De todos modos, no puede objetar nada, señor Daniels.

Como usted dice, están en mis manos... Prepárense. Vamos a viajar a la Gran Muralla.

Y espero, por su bien, que la historia ridícula e increíble que me ha contado sobre esos cinco cráneos y esos millones de dólares sea realmente cierta. Porque en caso contrario...

—No necesita añadir más, comandante —suspiró Ralph—. Conozco el resto.

Interminable, fantástica y monumental.

Una de las ya escasas Maravillas del Mundo Antiguo que aún se alzaban sobre la faz de la tierra. Junto con las pirámides egipcias, aquélla era la obra monumental de una raza que había logrado sobrevivir a su tiempo y a su gente, como prueba de la grandeza y esplendor de un pueblo y de una raza: China.

La Gran Muralla. Millas y millas de recinto amurallado, serpenteando a lo largo de territorios chinos. La única estructura hecha por el hombre que era visible desde la Luna, según los astronautas que pisaron nuestro satélite.

Allí estaban ahora. Ellos dos: Ralph Daniels y su inseparable Ivy Morgan. Alrededor de ellos, militares chinos con su uniforme estilo Mao, sus fusiles y sus gorras con la roja estrella. Todos recelosos, desconfiados de los dos occidentales, como el propio jefe del destacamento, Liang-Wu, su anfitrión en esos instantes. Tal vez su verdugo en unos minutos más, si se les hallaba sospechosos de actividades contrarias al pueblo chino.

Ivy parecía más en tensión que nunca. Aquella vez, no era sólo una vulgar charada, un simple pasatiempo que valía millones. Esta vez, su vida estaba en juego y lo sabía. Un error en Daniels, y sería difícil explicar a las autoridades chinas su verdadera razón para haber entrado en China sin visados ni permisos oficiales.

—Mil..., y mil y uno —contó lentamente Liang-Wu, parándose de pronto en un determinado lugar de la gran construcción amurallada—. Éste es el lugar. La almena mil y una, contadas todas desde Pekín.

—Bien... —Ralph tragó saliva. También se sentía más tenso que nunca—. Ahora, por favor, mire en ese hueco. Tiene que estar ahí.

—¿Un diamante en forma de cráneo..., y un mensaje escrito en inglés? —insistió el militar, nada convencido.

—Exacto. Ha de ser ahí. Sin duda alguna.

—Muy bien. Pida porque sea así. Y porque ni ese diamante ni ese mensaje encierren nada especial, salvo lo que usted citó.

Liang-Wu se inclinó sobre la almena mil y una de la Gran Muralla. Ralph e Ivy contuvieron el aliento. Los dedos del comandante hurgaron allí. Y siguieron hurgando.

Al final...

—Lo siento, señor Daniels —declaró fríamente el militar, volviéndose a ellos dos—. No hay nada ahí. *Absolutamente* nada.

Me he engañado.

—No es posible... —Ralph estaba lívido. Avanzó hacia la almena, pero dos fusiles, clavándose en su pecho, le impidieron seguir adelante. Miró a Liang-Wu, angustiado—. ¡Tiene que estar ahí, no hay otra explicación, comandante!

—Tal vez no la haya. Pero dígame por qué no hay nada de eso ahí, señor Daniels —el rostro inexpresivo del militar oriental se encaró con el suyo—. Me temo que deba encerrar a los dos, acusados de espionaje en territorio chino. Su situación va a ser muy difícil. En China no somos bárbaros. No vamos a ejecutarles por cualquier cosa. Posiblemente ni siquiera peligren sus vidas. Pero nadie les sacará jamás de sus celdas, si no demuestran claramente por qué penetraron en el espacio aéreo chino, sin permiso previo, exponiendo un pretexto ridículo..., y tan absurdo hasta para un occidental.

—Maldita sea, algo anda mal en esto —jadeó Daniels, mirando frenético las almenas—. Y el caso es que no hay error. Ambos hemos contado igual. Es la mil y una almena...

—Comprobado, Ralph —musitó Ivy, trémula—. Yo también las conté. Es la mil y una...

—Lo siento, señor Daniels —el militar se comportó correcto pero seco—. Están arrestados. Podrán ser visitados por su embajador y por un abogado occidental a designar por ustedes. Pero las leyes chinas serán las que les procesen...

En ese instante, dos secos disparos rompieron la quietud circundante. Las laderas y elevaciones de las montañas chinas sobre las que cabalgaba la interminable sierpe de piedra, devolvieron ecos ásperos de esos estampidos de arma de fuego.

—¿Qué es eso? —demandó, rápido, el militar, desenfundando su propia pistola.

Unos soldados acudieron a él, hablándole rápidos en su idioma. El comandante reveló sorpresa. Se alejó, desapareciendo de su vista. Ralph e Ivy seguían rodeados de los hombres armados del Ejército Popular, pendientes de sus movimientos.

Al regresar Liang-Wu, su expresión era singular, pese a la proverbial falta de emociones de un rostro oriental. Les miró largamente en silencio. Luego, alargó una mano cerrada hacia ellos. La abrió. En la palma destelló una gema espléndida, tallada en

forma de calavera diminuta. A su lado, había un pequeño cilindro de plástico con un papel enrollado dentro.

—¿Conoce esto, señor Daniels? —interrogó, seco.

—El cráneo de diamante... —asintió Ralph, excitado—. ¡Es ése, comandante! Y ahí estará el mensaje... ¿Dónde lo consiguió?

—De la mano de un cadáver —explicó Liang-Wu, tajante.

—¿Qué? ¿Un cadáver?

—Un compatriota suyo —asintió el comandante con tono glacial y carente de emociones—. Huía de la Gran Muralla. Mi patrulla le dio el alto y no obedeció. Dispararon. Está muerto. No tuvimos la culpa nosotros, sino él. Sus documentos decían que era el señor Jason Bellamy... Americano.

—¡Bellamy! ¡El primo de Homer! —exclamó Ivy, asombrada—. ¿Qué hacía él en China?

—Sospecho que lo mismo que nosotros: buscar la piedra y el mensaje. Pero él no pensaba decírselo a nadie. Iba por su cuenta. Y no era tan oscuro ni tan torpe como parecía. —Daniels se frotó el mentón—. Incluso nos ganó por la mano... Fue una estupidez suya negarse a parar cuando le dieron el alto. Pobre diablo... Otra víctima más para la larga lista de herederos muertos...

—Ya sólo quedamos cinco: tú y yo, Stella Graves, Dyan Hammerstein y Gary Hammerstein —murmuró Ivy, impresionada—. Dios mío, Ralph, es como una espantosa ronda de cadáveres alfombrando nuestro camino...

—Lo sé, Ivy, lo sé... Como sabía que no podía haber error en mi idea. Lo que pudo haberlo empeorado todo, es que Bellamy también supo interpretar adecuadamente el mensaje, y se nos adelantó, dejándonos luego en la estacada...

El comandante Liang-Wu sonrió afablemente, haciendo retirar sus armas a los soldados, al tiempo que les invitaba amablemente:

—Por favor, señores, las cosas han mejorado mucho para ustedes, gracias a esta afortunada circunstancia. Afortunada para ustedes, claro, que no para su compatriota... Ya no tiene nada que temer. Y, ciertamente, si el mensaje no encierra nada especialmente sospechoso, podrán abandonar China con su texto. Si ello es así, les deseo la mayor suerte en el final de su curiosa aventura. Pero un consejo: no se fíen demasiado. Algo en todo eso me huele a podrido..., y no sé lo que es.

Luego, siempre cordial, el comandante Liang-Wu se apartó, iniciando el regreso a Pekín.

Ralph Daniels, parecía ir reflexionando sobre el extraño comentario del militar chino.

Un comentario que, sin duda, había logrado preocuparle profundamente. Tal vez porque también él empezaba a oler en alguna parte ese hedor a corrupción...

CAPÍTULO IX

—Dios mío, qué gran error... ¡Qué increíble error he cometido...!

Ivy Morgan le contempló, extrañada. Ralph Daniels leía y releía el texto obtenido al fin íntegro, tras unas exhaustivas investigaciones por parte de expertos en claves cifradas y códigos de la República Popular China, que revelaron la total ausencia de elementos subversivos en el mensaje final de Homer Hammerstein a sus herederos, reducidos ya a la exigua cifra de cinco.

—¿De qué hablas, Ralph? —se interesó ella, sorprendida y llena de interés.

—Del último mensaje..., y de todo lo demás —suspiró Ralph—. Creo que ha sido todo como una gigantesca broma, una burla cruel y macabra, encaminada a ver cómo nos despedazábamos unos a otros, a medida que recorríamos el camino hacia la dorada meta de los millones de Hammerstein...

—Cada vez te entiendo menos, Ralph...

—Es sencillo. Escucha el mensaje final, el que debe conducirnos al quinto y último cráneo de diamantes.

Se lo leyó, casi grandilocuente, como si estuviese recitando a Shakespeare:

*«Si llegaste hasta este punto, serás listo aunque no
díscolo. Piensa que donde empieza, siempre se cierra
el círculo».*

—Eso no dice apenas nada..., salvo que el principio es el final, y viceversa —sugirió ella tímidamente.

—Exacto —los ojos astutos del joven detective brillaron—. El principio es el final. Y viceversa. Tú lo has dicho. El mensaje final es el más claro y preciso. Tenemos que volver a empezar. Y terminar

entonces. ¿Dónde empezamos?

—No sé. ¿En aquella isla del Pacífico, al morir Hammerstein...?

—No. Empezamos, realmente, en la ensenada de Tortuga *Dry* —dijo Ralph—. Y, por tanto, allí tenemos que terminar..., ocurra lo que ocurra.

—¿Quieres decir que allí... *allí* está... la clave de la fortuna de Homer?

—Allí está el final —dijo Daniels sordamente—. Sea el que fuere, Ivy...

La ensenada de las negras rocas les rodeaba. Ralph Daniels miró alrededor, con expresión cautelosa, antes de clavar sus ojos en el lugar donde muriera Neil Talbot y hallaran el primer cráneo de diamante y el segundo mensaje.

—Hay la boca de una cueva allá, al fondo, entre dos de los negros peñascos —dijo sordamente Ralph—. No es fácil de ver si no se busca algo determinado...

—¿Y tú lo buscas? —musitó ella con voz alterada—. ¿Qué es ello, en realidad?

—No lo sé. Pero puede ser cualquier cosa, Ivy. Incluso la muerte...

—La muerte... —Se estremeció ella—. Cielos, Ralph, a veces me asustas...

—No debes asustarte. Pero deberías estar preparada para todo. Sea lo que fuere...

No explicó sus palabras. Llevaba un revólver en su mano, y no parecía fiarse de nada de cuánto les rodeaba, ni tan siquiera de las propias piedras fingiendo formas de negros imaginarios y gigantescos, hacinados tras las arenas de Tortuga *Dry*...

Llegaron ante la boca de la cueva, a la que él asomó, receloso, comprobando que todo estaba oscuro y en silencio. El lugar olía a salitre y humedad. Corrientes subterráneas procedentes del mar, encharcaba de agua salada el interior de la cueva, digna de los viejos piratas de otros tiempos.

Ivy se aferró a su brazo izquierdo, moviéndose tras él, medrosa. Ralph avanzó decidido, guiándose por la luz que se filtraba entre numerosas rendijas de las rocas, dejando una suave penumbra dorada en el interior.

—La cueva del tesoro —le oyó comentar con una risita—. Sería el colmo del absurdo, Ivy. Y, sin embargo, creo que aquí está lo que buscamos. Dinero. Mucho dinero... Suficiente para justificar muchos asesinatos brutales, muchas infamias incalificables.

Ivy parecía cada vez más asustada. Pero seguía en pos de Daniels, como si él fuese su mejor protector. Habían llegado justamente al centro del amplio charco de agua salada que cubría la caverna, cuando Ralph se detuvo, y señaló una negra roca en medio del agua. Una roca en forma circular, justamente el centro del cerco de filtraciones marinas.

—Ahí está —dijo.

—Ahí está... ¿el qué? —musitó Ivy—. Yo sólo veo una roca negra en agua salada...

—Una roca circular en un círculo de agua salobre —rió Daniels—. «... Donde empieza, siempre termina el círculo». Es un doble juego. Uno más de esas ingeniosas charadas. Ahí está el tesoro, querida. Los millones de Clinton Maddox.

—¿De *quién*? —exclamó Ivy, asombrada—. Te has equivocado, Ralph. Querrás decir los millones de Homer Hammerstein...

—No. No me equivoqué, Ivy. Yo *sé* ahora que Homer Hammerstein II estaba totalmente arruinado cuando desapareció del mundo de los vivos. Necesitaba del dinero de su exsocio, Clinton Maddox, mucho más rico que él. Por eso le hizo asesinar en Europa. Pero Maddox había cambiado las cosas. Su antiguo testamento mutuo, de socios entrañables, que dejaba heredero al otro de toda su fortuna, ya había sido anulado, sólo unos días antes de morir Maddox. Y éste, sabedor de la ruina de su exsocio, y sabedor también de que un hombre cruel, feroz y sin escrúpulos como Homer Hammerstein, le haría asesinar sin la menor duda para quitarle su fortuna, dejó esas charadas como una última burla, un desafío al viejo camarada a cuyas manos sabía que terminaría muriendo. El sabía que Hammerstein no era lo bastante listo para interpretar sus adivinanzas. Por eso, en el trance supremo de tener que conseguir fuere como fuese el dinero de Maddox, Hammerstein preparó el tinglado de la herencia. Y me nombró a mí uno de los herederos, porque se informó bien y supo que yo era la persona idónea para hallar la verdad, estuviese donde estuviese, ganándole la partida póstuma a Clinton Maddox.

Ivy le miraba atónita, sin pasar a creer lo que él estaba diciendo. Argumentó débilmente cómo retumbaba su voz en aquella caravana, igual que en un viejo recinto de cuento de hadas:

—Pero ¿de qué podía servirle todo eso a Homer Hammerstein, estando muerto?

Ralph Daniels soltó una suave y seca carcajada. Negó lentamente con la cabeza y terminó diciendo:

—No, Ivy. Ahí estuvo la mayor burla de todas, la jugada maestra del exmillonario arruinado. Homer Hammerstein II NO HA MUERTO. Aún goza de la vida plenamente, pese a su ancianidad..., y es su maligna mente de hombre ambicioso y despiadado la que, sin duda, planeó hasta el último detalle este juego macabro para obtener la fortuna de Clinton Maddox.

—Le felicito, Daniels —dijo la voz glacial, surgiendo de las penumbras de la caverna—. Creo que no le valoré lo suficiente. Es usted mucho más listo de lo que imaginaba, puesto que antes de llevarme hasta la fortuna de Maddox, ha descubierto usted que yo sigo con vida...

—¡HOMER! —gritó, horrorizada, Ivy, al volverse hacia el punto de donde llegaba el sonido de aquella voz—. ¡No, no es posible...!

Pero sí era posible. Allí estaba un hombre canoso, aparentemente débil. Era el propio Homer Hammerstein II, considerado uno de los hombres más ricos del mundo. Le escoltaba un hombre con *jipi* color crudo, armado con un fusil ametrallador que encañonaba directamente a Ralph Daniels y a Ivy...

CAPÍTULO X

—Homer Hammerstein II —rió Daniels entre clientes, mirando al millonario, pálido y rugoso, aparentemente insignificante, aunque con ojos duros y brillantes como sus famosos cráneos de diamante dispersos por el mundo. Cráneos que ni siquiera fueron suyos, sino de Clinton Maddox—. El magnate en persona. Resucitado después de la absurda farsa de aquella isla del Pacífico, donde otra persona fue incinerada para que no se supiera nunca la verdad...

—¿Le engañé entonces? —rió Hammerstein.

—Sí, lo confieso. Creo que nos engañó a todos. Su fiel Tagal... —Ralph miró de soslayo hacia atrás. En la puerta de entrada a la gruta, el filipino montaba guardia, con otra arma automática en sus manos—. Y el hombre del *jipi*, enviado tras nosotros, para hacer creer en un fantástico perseguidor, un enemigo del difunto Hammerstein... Todo muy bien planeado. Sólo que el hombre del *jipi* resultaba demasiado evidente, demasiado ostensible para ser real. Y si eso era truco, ¿por qué no podía ser truco el resto? Bastaba pensarlo un momento, y empezaba uno a ver la carpintería detrás. Todo era demasiado ostensible, demasiado fácil. Usted podía llevar a sus herederos a ese extremo de sádica complacencia en torturarles, pero estudiando su historial, supe que no era demasiado imaginativo en crear adivinanzas, ni tampoco en resolverlas. Maddox era infinitamente mejor que usted en ese terreno. Y en invertir también. Por eso él era realmente rico, y usted se había arruinado, aunque nadie sospechaba esto. Después, pensando que ambos fueron socios y amigos, empecé a imaginar que podían tener una especie de mutuo legado para caso de muerte. Sólo que usted, al planear matar a su exsocio y amigo, para quedarse con lo suyo, ignoraba que él, una vez más, se le anticipó en imaginación y, temiendo lo peor, revocó ese legado, reduciéndolo a una serie de

mensajes, el primero de los cuales entregó a usted, como desafío. Usted nos lo endilgó a nosotros, como si fuese su propia obra, fingiendo haber muerto. Y me vigiló estrechamente con sus hombres, porque sabía que, a la larga, le llevaría hasta la fortuna. Yo era el único en quién confiaba, por eso salvó mi vida en los Sargazos, matando a Roscoe Morris, su secretario y administrador, desde su helicóptero.

—De modo que era él... —susurró Ivy—. ¿Y el agresor de las profundidades...?

—Un cerdo —silabeó sordamente Homer Hammerstein—: Elmer, mi hijo. El era el que intentó matar a Daniels allá abajo.

—¿Y usted... mató a su hijo en Johannesburgo, en el museo? —Tembló Ivy con horror.

—El lo hizo —rió, señalando al filipino Tagal—. Por orden mía. Era una rata inmundada, indigno de ser mi hijo...

—Incluso llegó a matar a su propio hijo, Hammerstein —silabeó Ralph—. Me da usted náuseas...

—Me tiene sin cuidado lo que sienta por mí —comentó el exmillonario, encogiéndose de hombros—. Le hice seguir todo este tiempo con mucha atención. Como usted dice, Daniels, sabía que terminaría llevándome al tesoro de mi buen amigo Maddox. Y así ha sido. Cuando le vi venir hacia estas islas, imaginé el resto y le esperé aquí.

—¿Y ahora...?

—Lamento tener que dar fin al asunto —suspiró Hammerstein—. Y usted ya sabe cuál es el final...

—Lo imagino. —Ralph rodeó a Ivy con un brazo. Su revólver yacía ya en tierra, porque bajo la amenaza del hombre del *jipi*, hubiera sido ridículo seguir esgrimiéndolo para morir acribillado—. Va a matarnos a los dos, ¿verdad?

—No tengo otro remedio, compréndalo —sonrió melifluamente el magnate—. Si no, usted revelaría la verdad a los demás. Debo silenciarles. A ambos.

—Homer, yo nunca te hice daño... —susurró Ivy amargamente.

—Lo sé, pequeña —la miró con ojos donde no había ternura alguna, pese a su voz melosa—. Pero no tengo otra salida, compréndelo...

—¿Va a dar la orden de ejecución a sus esbirros? —preguntó

Ralph.

—No me gusta mancharme personalmente las manos de sangre —admitió Hammerstein.

—Luego, supongo que les hará matar a ellos de alguna forma, puesto que saben demasiado para su propia seguridad, señor Hammerstein —rió Daniels.

—¡Qué tontería! —Pero nerviosamente, el millonario humedeció sus labios y miró a Tagal y al tipo del *jipi* de soslayo, como temiendo que pudieran creer aquello—. Ellos son de mi entera confianza...

—También lo eran otras personas a quienes hizo matar —acusó Ralph duramente—. No creo que les convenza demasiado con palabras, Hammerstein. Usted elimina siempre a quien puede comprometerle. Y Tagal y ese tipo saben de usted y de sus crímenes más que nadie en el mundo... ¿Contratará pistoleros con la fortuna de Maddox, para hacerles eliminar rápidamente a los dos?

—Está hablando estupideces —cortó el millonario duramente—. Vamos, liquidadles ya.

Terminemos con todo esto de una vez.

Tagal y el hombre del *jipi* cambiaron una mirada. De repente, parecían infinitamente menos seguros que antes. Ralph esperaba, pálido pero sarcástico.

—Patrón, antes quisiéramos ver ese tesoro... —sugirió Tagal, con voz ronca.

—Sí, sería lo mejor —aseguró el del *jipi* color crudo—. Simple curiosidad, señor...

—¡Un momento! —Se enfureció Hammerstein—. ¿Es que este necio va a lograr haceros desconfiar de mí? ¿Vais a hacer caso de sus palabras? ¡Las dijo con esa intención!

—Es posible, señor. Pero nos gustaría ver su nueva fortuna, saber que vamos a cobrar nuestra parte...

—Ellos tienen razón —admitió Ralph, riendo—. Personalmente, creo que usted, al adivinar la clave de Maddox, pudo anticiparse a este encuentro, venir aquí y extraer el tesoro, quedándose con todo.

—¡Miente! —rugió Hammerstein, palideciendo—. Tagal, entra en el agua. Mueve esa piedra negra. Ahí tiene que estar la fortuna de Clinton Maddox...

El filipino dudó un momento. Cruzó su mirada almendrada con

el tipo del *jipi*, que hizo un gesto de asentimiento. Entonces, Tagal entró en el agua. Ésta le cubrió hasta casi las rodillas. Se inclinó. Movi6 dificultosamente la negra roca. Cuando la alz6, entre sus manos nervudas y fuertes, asom6 un arc6n debajo, emergiendo del agua, y hasta entonces ajustado perfectamente a una oquedad hecha en la parte inferior de la roca.

—Como en *Las mil y una noches* o en los relatos de piratas de mi infancia —ri6 Daniels, jovialmente—. Tesoro con arqueta y todo... ¿Qué habrá ah6 dentro? ¿Cheques al portador, billetes de mil d6lares, sacos de oro..., o simples piedras sin valor, muchachos?

—¡Ábrelo! —Silabe6 Tagal, rudo, mirando al del *jipi*.

Éste abri6 fuego con su metralleta. Un tableteo rotundo ensordeci6 el recinto. Las balas llovieron sobre el cofre, cuya cerradura salt6 en pedazos. La tapa se alz6.

Una colectiva mirada de asombro se fij6 en el cofre. Éste estaba vaci6. S6lo se ve6 al fondo un diamante en forma de cr6neo, y un peque6o cilindro de pl6stico, con un mensaje m6s.

Hammerstein lanz6 un rugido de c6lera, apart6 violentamente a su fiel servidor filipino, y se precipit6 sobre el cofre vaci6. Tir6 a un lado el diamante, pese a su valor y extrajo el papel del recipiente. Apenas leerlo, un rugido de c6lera escap6 de sus labios, se torn6 mortalmente l6vido, y una blanca espuma brot6 de sus labios.

—Maldito... —jade6, trémulo—. ¡Maldito Maddox, maldito...!

Tir6 el papel, furioso. Cay6 de rodillas, blasfemando. Nadie impidi6 que Ralph tomara el papel. Tagal y el del *jipi* no sab6an qu6 hacer.

Esta vez, no era ninguna charada. El mensaje p6stumo de Clinton Maddox, era su 6ltima burla al mundo. Y, sobre todo, a Homer Hammerstein:

«He aqu6 mi tesoro. Felicito al que lleg6 hasta 6l. Seguro que no fue Homer, el viejo y torpe Homer. Si me hizo matar por eso, 6ste es su peor castigo. Mi dinero est6 a salvo. Se lo regal6 a alguien que nadie sabr6 nunca qui6n fue. Una mujer. Un gran amor, el mayor de mi vida. Pero nunca dej6 que nadie conociera su nombre... Tem6a que me matar6as, viejo cerdo. Ésta es mi burla final para ti, est6pido y cruel asesino sin

conciencia...».

Ralph se echó a reír. Aunque muriese ahora, valía la pena reír, pensó. Se abrazó a Ivy y siguió riendo, riendo...

Homer Hammerstein era una piltrafa, un fracasado rabioso y enfurecido. Seguía igual cuando desde la boca de la caverna llegó la orden escueta, tajante:

—Arrojen sus armas al suelo, muchachos. Lamentaríamos tener que coseros a balazos.

Éste es un servicio de guardacostas de los Estados Unidos de América...

Y el que lo decía, capitaneando un grupo de miembros de guardacostas, era el propio almirante Gary Hammerstein, con su uniforme de la Navy.

—De modo que avisaste previamente a los guardacostas...

—Si Ivy, pero estuvieron a punto de no llegar a tiempo. Suerte que sembré la desconfianza entre ellos, el tiempo suficiente para darles ocasión de entrar en escena.

—¿Crees que hubieran sido capaces de asesinarlos?

—Muy posiblemente. Por suerte para ellos, eso quedará el mundo de la duda, y no podrán acusarles de ello. Sin embargo, hay suficientes cargos por homicidio para meterles bien hondo en unas celdas, de las que Hammerstein, a su edad, ya jamás saldrá con vida... Mataron al hombre que ocupó el puesto del millonario en el funeral, mataron a Roscoe Morris, aunque fuese para salvarme a mí, y finalmente hizo matar a su propio hijo, Elmer Hammerstein...

—Y todo, para nada —suspiró Ivy, riendo—. No hemos sacado un solo dólar de todo esto...

—Te equivocas —suspiró Ralph Daniels, sacando un largo sobre de su bolsillo—. Esta misma mañana llegó esto. No te lo quise decir, antes de casarnos, para evitar pensar alguna vez que te casabas conmigo por interés...

—¡Tonto! —rió ella—. ¿Qué es eso? ¿Honorarios? ¿Quién te pagó algo por nada?

—La persona que menos pude imaginar jamás. —Ralph soltó una carcajada. Abrió el sobre. Desparramó varios billetes de mil dólares sobre la mesa. Al menos había cincuenta o sesenta de ellos en el abultado sobre—. Puede servir para empezar un pequeño

negocio en alguna parte... Mira lo que dice la nota adjunta: «Esto, como compensación al bonito obsequio de un cráneo de diamante, el segundo de la serie. Fue un bello detalle. Dile a Ivy que no tenga celos de mí. Os deseo mucha felicidad. No rechacéis el dinero. He obtenido mucho para disfrutarlo. No digáis a nadie que yo era la heredera secreta de Clinton Maddox. Después de todo, le hice muy feliz, sin que Elmer lo supiera. Adiós, amigos: Dyan Hammerstein».

—¡Dyan! —exclamó Ivy, atónita—. ¡Ella, la dueña de los millones de Clinton Maddox!

—Eso es —rió Daniels—. La última sorpresa de este juego de disparates, querida. Pero le guardaremos el secreto. Después de un obsequio así, se lo merece todo, ¿no crees?

—Sigo pensando que tú le gustabas, Ralph. Y que también hubiera dado algo por hacerte feliz... como hizo con Clinton Maddox.

—Tal vez. —Ralph la rodeó entre sus brazos—. Pero ¿por qué pensar en eso ahora? Lo cierto es que eres *tú* quien ha de hacerme feliz de hoy en adelante, amor...

Su boca buscó la de ella. Sus manos varoniles, los hermosos senos, jóvenes y pujantes. Y ella, con un gemido de placer, se entregó totalmente al hombre con el que acababa de unirse para siempre...

FIN

¡AHORA sí es posible!

Puede usted saborear de nuevo las más apasionantes e inolvidables novelas de

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

a través de una selección que ofrecen las Colecciones:

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

